
4'50



BIBLIOTECA ESTRELLA





A. DE MUSSET

NO HAY BURLAS CON EL AMOR

LA NOCHE VENECIANA

TRADUCCIÓN DE
G. MARTÍNEZ SIERRA

ILUSTRACIONES DE
FONTANALS

MADRID
MCMXVIII


POVEDA
MADRID

NO HAY BURLAS CON EL AMOR

COMEDIA EN TRES ACTOS

DRAMATIS PERSONAE

El Barón.
Perdicán, su hijo.
Don Blasio, preceptor de Perdicán.
Don Bridenio, cura de la aldea.
Camila, sobrina del Barón.
Doña Felpa, su aya.
Roseta, hermana de leche de Camila.
El Coro.
Aldeanos. Lacayos.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Plaza delante del castillo.

El CORO, y después DON BLASIO y DOÑA FELPA.

EL CORO. — Suavemente mecido sobre su fogosa mula, Don Blasio adelanta entre los acianos en flor, vestido de nuevo, con su tintero en el cinto. Como un rorro en la almohada, se balancea sobre su abultada panza, y, con los ojos entornados, rezonga un *Pater noster.* ¡Salud, Don Blasio! Llegáis a tiempo para la vendimia, semejante a un ánfora antigua.

DON BLASIO. — Que los que quieran saber una noticia importante, empiecen por traerme un vaso de vino.

EL CORO. — Aquí está la más grande de nues-

tras escudillas: bebed, Don Blasio; el vino es bueno: después hablaréis.

DON BLASIO. — Habéis de saber, hijos míos, que el joven Perdicán, hijo de nuestro señor, acaba de alcanzar su mayor edad, y que ha sido graduado doctor en París. Hoy mismo vuelve al castillo, con la boca llena de modos de hablar tan galanos y tan floridos, que la mayoría de las veces no sabe uno qué responderle. Toda su graciosa persona es un libro de oro; no ve una brizna de hierba, sin que os diga cómo se llama en latín; y cuando hace viento o llueve, os dice claramente por qué. Abriríais unos ojos grandes como esa puerta, si le vieseis desenrollar uno de los pergaminos que ha iluminado con tintas de todos colores, con sus propias manos y sin decir nada a nadie. En fin, es un diamante fino de pies a cabeza, y esto es lo que vengo a anunciar al señor Barón. Comprenderéis que ello me honra un tanto, a mí que soy su preceptor desde la edad de

cuatro años; por lo tanto, buenos amigos, traed una silla, para que yo pueda bajar de esta mula sin romperme la crisma; el animal es un poco travieso, y no me desagradaría beber un trago más antes de entrar en casa.

El Coro. — Bebed, Don Blasio, y reanimaos. Hemos visto nacer a Perdicán y no era menester decirnos tanto, ahora que llega. ¡Ojalá encontremos al niño en el corazón del hombre!

Don Blasio. — La escudilla está vacía: no creí haber bebido tanto. Adiós: he preparado mientras venía trotando por el camino, dos o tres frases, sin pretensiones, que serán del agrado de mi señor. Voy a tocar la campana.

Sale.

El Coro. — Duramente zarandeada sobre su asno jadeante, Doña Felpa sube la colina; su escudero, cansado, apalea al pobre animal, que cabecea, con un cardo entre los dientes. Sus largas piernas flacas patalean de ira, mientras que sus

manos huesudas pasan las cuentas de un rosario. Buenos días, Doña Felpa; llegáis como la calentura, con el viento que hace amarillear los bosques.

DOÑA FELPA. — ¡Un vaso de agua, canallas! ¡Un vaso de agua y un poco de vinagre!

EL CORO. — ¿De dónde venís, Felpa amiga? Vuestros cabellos postizos están cubiertos de polvo: se os ha descompuesto el tupé, y vuestra casta faldamenta está remangada hasta vuestras ligas venerables.

DOÑA FELPA. — Sabed, granujas, que la hermosa Camila, sobrina de vuestro amo, llega hoy al castillo. Ha salido del convento por orden expresa de mi señor, para venir a punto y hora de recoger, como es debido, la buena herencia que le dejó su madre. Su educación, a Dios gracias, ha terminado, y los que la vean tendrán la gloria de aspirar una gloriosa flor de devoción y sabiduría: no hubo jamás nada tan puro, tan ángel,

tan cordero y tan paloma como esta amada novicia. ¡Que el Señor del cielo la guíe! ¡Así sea! Apartaos, canallas; me parece que tengo las piernas hinchadas.

El Coro. — Desarrugaos, honrada dueña, y cuando roguéis a Dios, pedidle que llueva: nuestros trigos están tan secos como vuestras pantorrillas.

Doña Felpa. — Me habéis traído el agua en una escudilla que huele a cocina; dadme la mano para apearme. Sois brutos y mal enseñados.

Sale.

El Coro. — Pongámonos la ropa dominguera, y esperemos a que el Barón nos mande llamar. O mucho me engaño, o está hoy en el aire alguna alegre comilona.

Salen.

C U A D R O   S E G U N D O

El salón del Barón.

Entran el BARÓN, DON BLASIO y DON BRIDENIO.

El Barón. — Padre cura, sois mi amigo: os presento a Don Blasio, preceptor de mi hijo. Mi hijo ha cumplido ayer a mediodía y ocho minutos, veintiún años justos: es doctor por cuatro bolas blancas. Don Blasio, os presento a Don Bridenio, cura de la parroquia: es mi amigo.

Don Blasio. — *Saludando.* Por cuatro bolas blancas, señor: literatura, filosofía, derecho romano y derecho canónico.

El Barón. — Id a vuestro cuarto, Don Blasio; mi hijo no tardará en comparecer; arreglaos



un poco, y volved cuando suene la campana.

Don Blasio sale.

DON BRIDENIO. — ¿Me atreveré a deciros lo que pienso, señor? El preceptor de vuestro hijo huele a vino escandalosamente.

EL BARÓN. — Es imposible.

DON BRIDENIO. — Estoy tan seguro como de que vivo: me ha hablado muy de cerca hace un momento: olía a vino aterradoramente.

EL BARÓN. — ¡Basta! Os repito que es imposible.

Entra Doña Felpa.

EL BARÓN. — ¿Estáis aquí, Doña Felpa? ¿Mi sobrina, sin duda viene con vos?

DOÑA FELPA. — Me sigue, monseñor: me he adelantado algunos pasos.

EL BARÓN. — Padre, sois mi amigo. Os presento a Doña Felpa, aya de mi sobrina. Mi sobrina llegó a la edad de diez y ocho años, ayer a

las siete de la noche; sale del mejor convento de Francia. Doña Felpa, os presento a Don Bridenio, cura de la parroquia: es mi amigo.

DOÑA FELPA. — *Saludando*. Del mejor convento de Francia, señor, y me atrevo a añadir: la mejor cristiana del convento.

EL BARÓN. — Id, Doña Felpa, a reparar el desorden en que os encontráis; espero que mi sobrina llegará en seguida: estad lista para la hora de comer.

Sale Doña Felpa.

DON BRIDENIO. — Esta anciana doncella me parece completamente llena de unción.

EL BARÓN. — De unción y de compunción, padre: su virtud es inatacable.

DON BRIDENIO. — Pero el preceptor huele a vino. Tengo la certeza.

EL BARÓN. — Padre cura, hay momentos en que dudo de vuestra amistad. ¿Os empeñáis en contradecirme? ¡Ni una palabra más sobre este asun-

to! He formado el designio de casar a mi hijo con mi sobrina: es una pareja proporcionada; su educación me cuesta seis mil escudos.

Don Bridenio. — Será necesario obtener dispensa.

El Barón. — Ya la tengo: está encima de la mesa, en mi despacho. ¡Oh, amigo mio! Sabed que estoy lleno de júbilo. Os consta que en todo tiempo he sentido el horror más profundo hacia la soledad. Sin embargo, el puesto que ocupo y la gravedad de mi hábito me obligan a permanecer en este castillo durante tres meses del verano y tres del invierno. Es imposible hacer la felicidad de los hombres en general, y de nuestros vasallos en particular, sin dar a veces a nuestro ayuda de cámara orden de no dejar entrar a nadie. ¡Qué austero y qué difícil es el recogimiento del estadista! ¡Y qué placer no encontraré en mitigar, con la presencia de mis dos hijos reunidos, la sombría tristeza de la cual soy necesariamente

presa, desde que el Rey me ha nombrado recaudador de contribuciones!

Don Bridenio. — ¿El matrimonio se celebrará aquí o en París?

El Barón. — Estaba esperando que me lo preguntarais; estaba seguro de que me lo habíais de preguntar. Pues bien, amigo mío, ¿qué diríais si esas manos, sí, padre, vuestras propias manos — no os las miréis con aire tan lamentable — estuviesen destinadas a bendecir solemnemente la feliz confirmación de mis más caros sueños? ¿Eh?

Don Bridenio. — Me callo; el agradecimiento me cierra la boca.

El Barón. — Mirad por esta ventana. ¿No veis cómo mis criados acuden en multitud a la verja? Mis dos hijos llegan al mismo tiempo; he ahí la combinación más afortunada. He dispuesto las cosas de modo que todo esté previsto. Mi sobrina entrará por esa puerta de la derecha, y mi hijo por esa puerta de la izquierda. ¿Qué os parece?

Me regocijo pensando cómo se encontrarán, qué se dirán; seis mil escudos no son una futesa, evidentemente. Estos chiquillos, además, se amaban tiernamente desde la cuna. Se me ocurre una idea.

DON BRIDENIO. — ¿Cuál?

EL BARÓN. — Durante la comida... como quien no quiere la cosa... ¿comprendéis?... mientras vaciamos gozosamente unas cuantas copas... ¿sabéis latín, padre?

DON BRIDENIO. — *¡Ita œdepol,* pardiez, sí lo sé!

EL BARÓN. — Me agradaría mucho que hicieseis hablar en latín al muchacho... discretamente se entiende... delante de su prima; eso no puede menos de producir muy buen efecto... sí, sí, que hable un poco en latín, no precisamente durante la comida, porque eso podría resultar fastidioso, tanto más cuanto que yo no entiendo palabra... pero a los postres... ¿comprendéis?

DON BRIDENIO. — Si vos no entendéis palabra,

es muy posible que vuestra sobrina esté en el mismo caso.

EL BARÓN. — Razón de más. ¿Cómo queréis que una mujer deje de admirar lo que no entiende? ¿De dónde salís, padre cura? Vuestro razonamiento me da lástima.

DON BRIDENIO. — Conozco poco a las mujeres, pero me parece que es difícil admirar lo que no se comprende.

EL BARÓN. — Yo las conozco, sí, conozco a esos seres hechiceros e indefinibles. Podéis estar seguro de que les gusta que les echen polvo a los ojos, y que cuanto más se les echa más los abren, para cegarse más.

Perdicán entra por un lado, Camila por el otro.

EL BARÓN. — ¡Buenos días, hijos míos: buenos días, mi amada Camila, mi querido Perdicán! ¡Abrazadme y abrazaos!

PERDICÁN. — ¡Buenos días, padre mío, y her-

mana mía muy amada! ¡Qué dicha! ¡Qué feliz soy!

CAMILA. — Padre y primo mío, os saludo.

PERDICÁN. — ¡Qué alta estás, Camila! ¡Y hermosa como el día!

EL BARÓN. — ¿Cuándo saliste de París, Perdicán?

PERDICÁN. — El miércoles, creo, o el martes. ¡Cómo te has metamorfoseado en mujer! Entonces ¿es que yo soy ya un hombre? Me parece que fué ayer cuando te vi así de alta.

EL BARÓN. — Debéis estar cansados: el camino es largo y hace calor.

PERDICÁN. — ¡Oh, Dios mío! No. ¡Mirad, padre, qué linda es Camila!

EL BARÓN. — Vamos, Camila, abraza a tu primo.

CAMILA. — Dispensadme.

EL BARÓN. — Un piropo bien vale un beso: abrázala, Perdicán.

PERDICÁN. — Si mi prima retrocede cuando le

alargo la mano, os diré a mi vez: Dispensadme; el amor puede robar un beso, pero la amistad no.

CAMILA. — Ni la amistad ni el amor deben recibir más de lo que puedan devolver.

EL BARÓN. — *A Don Bridenio.* He aquí un principio de mal agüero, ¿eh?

DON BRIDENIO. — *Al Barón.* El exceso de pudor es sin duda un defecto; pero el matrimonio derriba hartos escrúpulos.

EL BARÓN. — *Al padre cura.* Estoy molesto... herido... Esta respuesta me ha disgustado... ¡*Dispensadme!* ¿Habéis reparado en que ha estado a punto de santiguarse? Venid, quiero hablaros... Me es extraordinariamente penoso. Este momento que hubiera debido ser tan dulce para mí, se me ha echado a perder completamente... Estoy disgustado, ofendido... ¡Diablo! ¡Es muy desagradable!

DON BRIDENIO. — Decidles algunas palabras: ved como se vuelven la espalda.

El Barón. — Hijos míos, ¿en qué pensáis? Camila, ¿qué haces delante de ese tapiz?

Camila. — *Mirando un cuadro.* ¡Qué hermoso retrato! ¿No es de una tía abuela nuestra?

El Barón. — Sí, hija mía, es tu bisabuela... o, al menos, la hermana de tu bisabuelo... porque la buena señora no ha contribuído, que yo sepa, más que con sus oraciones, al aumento de la familia... Era, a fe mía, una santa mujer.

Camila. — ¡Oh! ¡Sí, una santa!... Es mi tía abuela Isabel. ¡Qué bien le sienta el hábito de religiosa!

El Barón. — Y tú, Perdicán, ¿qué haces delante de esa maceta?

Perdicán. — He aquí una flor encantadora, padre. Es un heliotropo.

El Barón. — ¿Te burlas? ¡Si no es más grande que una mosca!

Perdicán. — Esta flor, pequeña como una mosca, tiene su valor.

Don Bridenio. — Sin duda. El doctor dice bien. Preguntadle a qué sexo, a qué clase pertenece, de qué elementos se forma, de dónde le vienen su savia y su color; os hará caer en éxtasis detallándoos los fenómenos de esa brizna de hierba, desde la raíz hasta la flor.

Perdicán. — No alcanzo tan lejos, reverendo padre. Me parece que huele bien, y eso es todo.

CUADRO TERCERO

Delante del castillo.

Entra el CORO.

El Coro. — Varias cosas me divierten y excitan mi curiosidad. Venid, amigos, y sentémonos bajo este nogal. Dos formidables comilones están en este instante frente a frente en el castillo: Don Blasio y Don Bridenio. ¿No habéis reparado en una cosa: en que cuando dos hombres casi semejantes, igualmente gordos, igualmente necios, con los mismos vicios y las mismas pasiones, se encuentran por azar, es absolutamente necesario que se adoren o que se aborrezcan? Por razón de que los contrarios se atraen, de que un hombre alto y seco ha de amar a un hombre pequeño y

redondo, de que los rubios buscan a los morenos, y recíprocamente, preveo una lucha secreta entre el preceptor y el cura. Los dos están provistos de desvergüenza igual; ambos tienen por vientre un tonel; no sólo son glotones, sino sibaritas: se disputarán, a la hora de comer, no sólo la cantidad, sino la calidad. Si el pescado es pequeño, ¿qué hacer? Y en todo caso, una lengua de carpa no puede partirse, y una carpa no puede tener dos lenguas. *Item*, ambos son habladores; pero, después de todo, pueden hablar a un tiempo sin hacerse caso el uno al otro. Ya el cura ha querido dirigir al joven Perdicán varias preguntas pedantes, y el preceptor ha fruncido el ceño. Le es desagradable que alguien, no siendo él, parezca poner a prueba a su discípulo. *Item*, son tan ignorantes el uno como el otro. *Item*, son clérigos los dos: el uno se dará tono con su curato, el otro con su cargo de preceptor. Don Blasio confiesa al hijo, y Don Bridenio al padre. Ya los veo de

codos sobre la mesa, con las mejillas encendidas, los ojos saltones, sacudiendo de odio sus sotabarbas carnosas. Se miran de pies a cabeza, y comienzan escarceos ligeros, escaramuzas; bien pronto se declara la guerra; las canalladas de toda clase se cruzan y se cambian, y para colmo de desdichas, entre los dos borrachos se agita doña Felpa, que los rechaza a ambos con sus codos afilados. Ahora que ha terminado la comida, se abre la verja del castillo. Salen los comensales. Apartémonos a un lado.

Sale el Coro. Entran el Barón y Doña Felpa.

El Barón. — Venerable dueña, estoy apenado.

Doña Felpa. — ¿Es posible, señor?

El Barón. — Sí, Felpa, es posible. Había contado, desde hace largo tiempo... hasta lo había escrito y anotado... sobre mis tabletas de bolsillo... que este día había de ser el más agradable de mis días... sí, excelente dueña, el más

agradable... No ignoráis mi designio de casar a mi hijo con mi sobrina... estaba resuelto... convenido... había hablado al cura... y veo, creo ver, que estos chiquillos se hablan fríamente: no se han dicho una palabra.

DOÑA FELPA. — Por ahí vienen, monseñor. ¿Están advertidos de vuestros proyectos?

EL BARÓN. — Les he dicho algunas palabras en particular. Creo que sería conveniente, puesto que están reunidos, que nos sentásemos bajo esta umbría propicia, y les dejásemos solos un instante.

Se retiran el Barón y Doña Felpa. Entran Camila y Perdicán.

PERDICÁN. — ¿Sabes que no tiene nada de amable, Camila, el haberme negado un beso?

CAMILA. — Yo soy así. Es mi modo de ser.

PERDICÁN. — ¿Quieres apoyarte en mi brazo para dar una vuelta por la aldea?

CAMILA. — No, estoy cansada.

PERDICÁN. — ¿No te agradaría volver a ver la pradera? ¿Te acuerdas de nuestros paseos en barca? Ven, bajaremos hasta los molinos; yo remaré, y tú llevarás el timón.

CAMILA. — No tengo gana.

PERDICÁN. — Me partes el alma. ¡Cómo! ¿Ni un recuerdo, Camila? ¿Ni un latido del corazón por nuestra infancia, por todo ese pobre tiempo pasado, tan bueno, tan suave, tan lleno de tonterías deliciosas? ¿No quieres venir a ver el sendero por donde íbamos a la granja?

CAMILA. — No: esta tarde, no.

PERDICÁN. — ¡Esta tarde no! ¿Entonces, cuándo? Toda nuestra vida está en estos lugares.

CAMILA. — No soy lo bastante niña para divertirme con mis muñecas, ni lo bastante vieja para amar el pasado.

PERDICÁN. — ¿Cómo dices eso?

CAMILA. — Digo que los recuerdos de infancia no me agradan.

PERDICÁN. — ¿Te aburren?

CAMILA. — Sí, me aburren.

PERDICÁN. — ¡Pobrecilla! Te compadezco sinceramente.

Salen cada uno por su lado.

EL BARÓN. — *Volviendo a entrar con Doña Felpa.* Ya habéis visto y oído, excelente dueña: esperaba la más suave harmonía, y me parece asistir a un concierto en que el violín toca: *Mi corazón suspira,* mientras la flauta toca: *¡Viva Enrique IV!* Pensad en la discordancia espantosa que semejante combinación habría de producir: eso es, sin embargo, lo que sucede en mi corazón.

DOÑA FELPA. — Lo confieso: me es imposible censurar a Camila, y nada hay de peor tono, a mi entender, que los paseos en barca.

EL BARÓN. — ¿Habláis en serio?

DOÑA FELPA. — Una joven que se respeta no se arriesga sobre un estanque.

EL BARÓN. — Pero, observad, señora dueña,



que su primo debe casarse con ella, y que por lo tanto...

DOÑA FELPA. — Las conveniencias prohiben llevar un timón, y es de muy mal gusto dejar la tierra firme, sola con un joven.

EL BARÓN. — Pero repito... os digo...

DOÑA FELPA. — Esa es mi opinión.

EL BARÓN. — ¿Estáis loca? En verdad acabaríais por hacerme decir... Hay ciertas expresiones que no quiero... que me repugnan... Pero me dais gana de... En verdad, si no me contuviera... ¡Sois una pécora, Felpa! ¡No sé qué pensar de vos!

Sale.

CUADRO CUARTO

Una plaza.

El CORO, PERDICÁN.

PERDICÁN. — Buenos días, amigos. ¿Me reconocéis?

EL CORO. — Señor, os parecéis a un niño a quien hemos querido mucho.

PERDICÁN. — ¿No sois vosotros los que me llevabais en hombros para hacerme pasar los arroyos de vuestras praderas, los que me hacíais saltar sobre vuestras rodillas, los que me llevabais a la grupa de vuestros caballos robustos, los que algunas veces os estrechabais en torno de vuestras mesas para hacerme sitio en la cena de vuestra granja?

El Coro. — Nos acordamos, señor. Erais el chiquillo más malo y el niño más bueno del mundo.

Perdicán. — ¿Y por qué, entonces, no me abrazáis, en vez de saludarme como a un extraño?

El Coro. — ¡Dios te bendiga, hijo de nuestras entrañas! Cada uno de nosotros quisiera cogerte en brazos, pero somos viejos, señor, y vos sois ya un hombre.

Perdicán. — Sí, hace diez años que no os he visto, y en un día, todo cambia bajo el sol. Me he levantado unos cuantos pies hacia el cielo, y vosotros os habéis inclinado unas cuantas pulgadas hacia el sepulcro. Vuestras cabezas han encanecido, vuestros pasos se han hecho más lentos; ya no podéis levantar del suelo a vuestro niño de antes. Ahora me toca a mí ser vuestro padre, puesto que vosotros lo fuisteis míos.

El Coro. — Vuestra vuelta es un día más di-

choso que vuestro nacimiento. Es más dulce volver a encontrar a quien se ama, que abrazar a un recién nacido.

PERDICÁN. — ¡Este es mi amado valle! ¡Mis nogales, mis senderos verdes, mi fuentecilla! ¡Aquí están mis días pasados, aún llenos de vida! ¡Aquí el mundo misterioso de mis sueños de infancia! ¡Oh, Patria! ¡Patria, palabra incomprensible! ¿Acaso no ha nacido el hombre, más que para un rincón de tierra, para construir en él su nido y para vivir en él un día?

EL CORO. — Nos han dicho que sois un sabio, señor.

PERDICÁN. — Sí: a mí también me lo han dicho. Las ciencias son cosa hermosa, hijos míos; estos árboles y estas praderas enseñan en alta voz la más hermosa de todas, el olvido de lo que se sabe.

EL CORO. — Ha habido más de un cambio durante vuestra ausencia. Hay mozas casadas, y mozos que se han ido al ejército.

PERDICÁN. — Ya me lo contaréis todo. Espero muchas novedades; pero, en verdad, no quiero saberlas todavía. ¡Qué pequeño es este lavadero! Antes me parecía inmenso; me había llevado en la cabeza un océano y bosques, y me encuentro una gota de agua y matas de hierba. ¿Quién es esa joven que canta a su ventana, detrás de esos árboles?

EL CORO. — Es Roseta, la hermana de leche de vuestra prima Camila.

PERDICÁN. — *Adelantándose.* Baja pronto, Roseta, y ven aquí.

ROSETA. — *Entrando.* Sí, monseñor.

PERDICÁN. — ¿Me veías desde la ventana, y no venías, pícara? Dame pronto esa mano, y esas mejillas para darte un beso.

ROSETA. — Sí, monseñor.

PERDICÁN. — ¿Estás casada, chiquilla? Me han dicho que sí.

ROSETA. — ¡Oh! No.

PERDICÁN. — ¿Por qué? No hay en la aldea niña más bonita que tú. Te casaremos, hija mía.

EL CORO. — Señor, quiere morir doncella.

PERDICÁN. — ¿Es verdad, Roseta?

ROSETA. — ¡Oh! No.

PERDICÁN. — Tu hermana Camila ha llegado. ¿La has visto?

ROSETA. — Aún no ha venido por aquí.

PERDICÁN. — Anda a ponerte el traje nuevo, y ven a cenar al castillo.

CUADRO QUINTO

Una sala.

Entran el BARÓN y DON BLASIO.

DON BLASIO. — Señor, tengo que deciros una palabra: el cura de la parroquia es un borracho.

EL BARÓN. — ¡De ninguna manera! ¡No es posible!

DON BLASIO. — Estoy cierto: se ha bebido tres botellas de vino a la comida.

EL BARÓN. — Eso es exorbitante.

DON BLASIO. — Y al levantarse de la mesa, ha ido pisando los macizos del jardín.

EL BARÓN. —¿Los macizos?... Estoy confuso... ¡Es muy extraño!... ¡Beberse tres botellas de vino a la comida! ¡Ir pisando los macizos! ¡Es incom-

prensible! ¿Por qué no iba por la senda como todo el mundo?

Don Blasio. — Porque se iba tambaleando.

El Barón. — Empiezo a creer que Don Bridenio tenía razón esta mañana. Este Blasio huele a vino de una manera horrible.

Don Blasio. — Además, ha comido mucho: se le trababa la len ua.

El Barón. — Verdad es que también lo he notado.

Don Blasio. — Ha dejado escapar algunas palabras latinas: eran otros tantos solecismos. Señor, es un hombre depravado.

El Barón. — *Aparte.* ¡Uf! Este Blasio tiene un olor intolerable. *Alto.* Habéis de saber, preceptor, que tengo otras cosas en que pensar, y que no me mezclo nunca en lo que se bebe ni en lo que se come. No soy un mayordomo.

Don Blasio. — ¡No permita Dios que yo os moleste, señor Barón! Vuestro vino es bueno.

El Barón. — Hay buen vino en mis bodegas.

Don Bridenio. — *Entrando.* Señor, vuestro hijo está en la plaza, seguido por todos los granujas de la aldea.

El Barón. — ¡Eso es imposible!

Don Bridenio. — Lo he visto con mis propios ojos: estaba recogiendo piedras del suelo para tirarlas con un tirador.

El Barón. — ¿Con un tirador? Se me va la cabeza; todas mis ideas se trastornan. Me contáis una cosa insensata, Bridenio: es inaudito que un doctor tire piedras con un tirador.

Don Bridenio. — Asomaos a la ventana, monseñor, y lo veréis con vuestros propios ojos.

El Barón. — *Aparte.* ¡Cielos! Blasio tiene razón: Bridenio va haciendo eses.

Don Bridenio. — Mirad, monseñor, allí está junto al lavadero. Trae del brazo a una mozuela aldeana.

El Barón. — ¿A una mozuela? ¿Mi hijo viene

aquí para pervertir a mis vasallas? ¡Una aldeana del brazo! ¡Y todos los chiquillos del pueblo en derredor suyo! ¡Me siento fuera de mí!

Don Bridenio. — ¡Esto clama venganza!

El Barón. — ¡Todo se ha perdido!... ¡perdido sin remedio!... ¡Estoy perdido: Bridenio anda haciendo eses, Blasio huele a vino horrorosamente, y mi hijo seduce a todas las mozas de la aldea tirando piedras con un tirador!

Sale.

ACTO SEGUNDO

Un jardín.

Entran DON BLASIO y PERDICÁN.

Don Blasio. — Señor, vuestro padre está desesperado.

Perdicán. — ¿Por qué?

Don Blasio. — ¿No ignoráis que había formado el proyecto de uniros a vuestra prima Camila?

Perdicán. — No deseo otra cosa.

Don Blasio. — Sin embargo, el Barón cree observar que vuestros caracteres no concuerdan.

Perdicán. — Es lástima: yo no puedo cambiar el mío.

Don Blasio. — ¿Haréis imposible ese matrimonio?

PERDICÁN. — Os repito que me casaría gustosísimo con Camila. Id a buscar al Barón, y decídselo.

DON BLASIO. — Señor, me retiro. Vuestra prima se acerca.

Sale. Entra Camila.

PERDICÁN. — ¿Ya levantada, prima? Sigo pensando lo que te dije ayer: eres linda como una flor.

CAMILA. — Hablemos en serio; Perdicán, vuestro padre quiere casarnos. No sé lo que pensáis; pero yo creo hacer lo que debo advirtiéndoos que he tomado mi resolución.

PERDICÁN. — ¡Pobre de mí si os desagrado!

CAMILA. — Ni más ni menos que otro cualquiera. No quiero casarme: en esto no hay nada que pueda herir vuestro orgullo.

PERDICÁN. — No se trata de orgullo; no estimo ni sus goces ni sus penas.

CAMILA. — He venido aquí para recoger la

herencia de mi madre; mañana vuelvo al convento.

PERDICÁN. — Hablas con franqueza; dame la mano, y seamos buenos amigos.

CAMILA. — No me gusta dar la mano a nadie.

PERDICÁN. — Dame la mano, Camila, te lo ruego. ¿Qué temes de mí? ¿No quieres que nos casen? Pues bien, no nos casemos. ¿Es eso motivo para odiarnos? Cuando tu madre dispuso nuestro matrimonio en su testamento, quiso que nuestra amistad fuese eterna, nada más. ¿Para qué casarnos? Aquí están tu mano y la mía; y para que permanezcan así, unidas hasta el último suspiro, ¿crees que hace falta un sacerdote? ¡No necesitamos más que a Dios!

CAMILA. — Celebro mucho que mi negativa os sea indiferente.

PERDICÁN. — No me es indiferente, Camila. Tu amor me hubiese dado la vida, pero tu amistad me consolará de haberle perdido. No te vayas

mañana: ayer te has negado a dar una vuelta por el jardín, porque no veías en mí sino un marido, que no estabas dispuesta a aceptar. Quédate aquí unos cuantos días, déjame esperar que nuestra vida pasada no ha muerto para siempre en tu corazón.

CAMILA. — Estoy obligada a marcharme.

PERDICÁN. — ¿Por qué?

CAMILA. — Ese es mi secreto.

PERDICÁN. — ¿Quieres a otro?

CAMILA. — No, pero quiero marcharme.

PERDICÁN. — ¿Irrevocablemente?

CAMILA. — Sí, irrevocablemente.

PERDICÁN. — Adiós, entonces. Hubiese querido sentarme contigo bajo los castaños del bosquecillo, y charlar en buena amistad una o dos horas. Pero si te disgusta, no hablemos más; adiós, hija mía.

Sale.

CAMILA. — *A Doña Felpa, que entra.* ¿Está



todo listo? ¿Partiremos mañana? Mi tutor, ¿ha terminado sus cuentas?

DOÑA FELPA. — Sí, paloma sin mancha. El Barón me ha llamado pécora ayer tarde, y estoy contentísima de que nos marchemos.

CAMILA. — Tomad estas palabras escritas que entregaréis de mi parte, antes de comer, a mi primo Perdicán.

DOÑA FELPA. — ¡Señor Dios mío! ¿Es posible? ¿Escribís un billete a un hombre?

CAMILA. — ¿No voy a ser su mujer? Me parece que puedo escribir a mi prometido.

DOÑA FELPA. — El señor Perdicán sale de aquí ahora mismo. ¿Qué podéis escribirle? ¿Vuestro prometido? ¡Dios nos asista! ¿Será verdad que olvidáis a Jesús?

CAMILA. — Haced lo que os digo, y disponedlo todo para nuestra marcha.

Salen.

Entra DON BRIDENIO.

DON BRIDENIO. — Seguramente le pondrán hoy también en el puesto de honor. Esa silla que he ocupado tanto tiempo a la derecha del Barón, será presa del preceptor. ¡Desdichado de mí! ¡Un asno con albarda, un beodo impúdico me relega al extremo de la mesa! El mayordomo le escanciará el primer vaso de Málaga, y cuando lleguen a mí las fuentes estarán medio frías, y ya se habrán comido los mejores pedazos; no quedarán coles ni zanahorias en derredor de las perdices. ¡Oh, santa Iglesia católica! Que ayer le dieran el puesto de honor, se comprende: acababa de llegar; era la primera vez, desde hacía años, que se

sentaba a nuestra mesa. ¡Dios! ¡Cómo comía! No, no me quedarán más que huesos y patas de pollo. Esta afrenta no la tolero. ¡Adiós, venerable sillón donde tantas veces me he repantigado, harto de manjares suculentos! ¡Adiós, botellas lacradas, sabor sin rival de caza bien guisada! ¡Adiós, mesa espléndida, noble comedor, ya no pronunciaré el *Benedicite!* Vuélvome a mi casa; no me verán confundido con la multitud de los invitados, y prefiero, como César, ser el primero en la aldea que el segundo en Roma.

Sale.

CUADRO TERCERO

Campo delante de una casita.

Entran ROSETA y PERDICÁN.

PERDICÁN. — Puesto que tu madre no está en casa, ven a dar un paseo.

ROSETA. — ¿Creéis que me están bien todos esos besos que me dais?

PERDICÁN. — ¿Qué mal encuentras en ellos? Te besaría delante de tu madre. ¿No eres hermana de Camila? ¿No soy tu hermano como lo soy suyo?

ROSETA. — Las palabras son palabras y los besos son besos. No tengo ingenio, y harto lo noto en cuanto quiero decir algo. Las señoras entienden la diferencia que hay entre que les besen la

mano derecha o la mano izquierda: sus padres las besan en la frente, sus hermanos en la mejilla, sus enamorados en los labios; a mí todo el mundo me besa en las dos mejillas, y eso me da pena.

PERDICÁN. — ¡Qué bonita eres!

ROSETA. — No os enfadéis por esto que digo. ¡Qué triste parecíais esta mañana! ¿Se ha deshecho vuestro matrimonio?

PERDICÁN. — Los campesinos de tu aldea se acuerdan de haberme amado; los perros del corral y los árboles del bosque se acuerdan también; pero Camila no se acuerda. Y tú, Roseta, ¿cuándo te casas?

ROSETA. — ¡No hablemos de eso! Hablemos del tiempo que hace, de estas flores, de vuestros caballos y de mis cofias.

PERDICÁN. — De lo que quieras, de todo lo que pueda pasar por tus labios sin quitarles esa sonrisa celestial que respeto más que mi vida. *La besa.*

ROSETA. — Respetáis mi sonrisa, pero no respetáis nada mis labios, a lo que parece. Mirad: ved una gota de lluvia que me ha caído en la mano, y, sin embargo, el cielo está sin nubes.

PERDICÁN. — ¡Perdóname!

ROSETA. — ¿Qué os he hecho yo para que lloréis?

Salen.

C U A D R O   C U A R T O

En el castillo.

Entran DON BLASIO y el BARÓN.

DON BLASIO. — Señor, tengo una cosa extraña que deciros. Hace un momento estaba por casualidad en la cocina, quiero decir en la galería, ¿qué iba yo a haber hecho en la cocina? Estaba, pues, en la galería. Había encontrado por casualidad una botella de vino, quiero decir un jarro de agua, ¿cómo iba yo a encontrar una botella en la galería? Estaba, pues, bebiendo un trago de vino, quiero decir un vaso de agua, para pasar el tiempo, y miraba por la ventana, entre dos macetas que me parecían de gusto moderno, aunque imitadas del etrusco.

El Barón. — ¡Qué manera tan insoportable de hablar habéis adoptado, Blasio! Vuestros discursos son inexplicables.

Don Blasio. — Escuchadme, señor, prestadme un momento de atención. Estaba, pues, mirando por la ventana. ¡No os impacientéis, por el cielo! Se trata del honor de la familia.

El Barón. — ¿De la familia? Eso es incomprensible. ¡Del honor de la familia, Blasio! ¿Sabéis que entre París y las provincias somos treinta y siete varones y casi otras tantas hembras?

Don Blasio. — Permitidme continuar. Mientras estaba bebiendo un trago de vino, quiero decir un vaso de agua, para apresurar la digestión perezosa, figuraos que he visto pasar, por delante de la ventana, a Doña Felpa, jadeante.

El Barón. — ¿Por qué jadeante, Blasio? Eso es insólito.

Don Blasio. — Y a su lado, roja de ira, vuestra sobrina Camila.

El Barón. — ¿Cuál estaba roja de ira? ¿Mi sobrina o su dueña?

Don Blasio. — Vuestra sobrina, señor.

El Barón. — ¡Mi sobrina roja de ira! ¡Es inaudito! ¿Y cómo sabéis que era de ira? Podía estar roja por mil razones: sin duda había estado persiguiendo mariposas en mi parterre.

Don Blasio. — Sobre eso no puedo afirmar nada; es posible, pero exclamaba con fuerza: «¡Id! ¡Buscadle! ¡Haced lo que se os manda! ¡Sois una necia! ¡Lo quiero!» Y golpeaba con su abanico el codo de Doña Felpa, que a cada exclamación daba un salto sobre el césped.

El Barón. — ¿Sobre el césped?... ¿Y qué respondía Doña Felpa a las extravagancias de mi sobrina? Porque semejante conducta merece tal calificativo.

Don Blasio. — El aya respondía: «¡No quiero ir! ¡No le he encontrado! ¡Hace la corte a las mozas del pueblo, a las chiquillas que guardan los

pavos! ¡Soy demasiado vieja para empezar a llevar y traer mensajes de amor; gracias a Dios, hasta hoy he vivido con las manos puras!» Y, mientras hablaba, estrujaba entre las manos un papelito doblado en cuatro.

El Barón. — No comprendo absolutamente nada; mis ideas se embrollan por completo. ¿Qué razón podía tener Doña Felpa para estrujar un papel doblado en cuatro, dando saltos sobre el césped? No puedo dar fe a semejantes monstruosidades.

Don Blasio. — ¿No comprendéis claramente, señor, lo que todo eso significaba?

El Barón. — No, en verdad, amigo mío, no comprendo absolutamente nada. Todo ello me parece una conducta desordenada, es verdad, pero tan sin motivo como sin disculpa.

Don Blasio. — Eso quiere decir que vuestra sobrina sostiene una correspondencia secreta.

El Barón. — ¿Qué decís? ¿Recordáis a quien

estáis hablando? ¡Pesad vuestras palabras, señor clérigo!

DON BLASIO. — Aunque las pesase en la balanza que ha de pesar mi alma en el Juicio final, no encontraría ni una que suene a moneda falsa. Vuestra sobrina sostiene una correspondencia secreta.

EL BARÓN. — Pero pensad, amigo mío, que eso es imposible.

DON BLASIO. — ¿Por qué iba a encargar a su aya de llevar una carta? ¿Por qué iba a gritar: *¡Buscadle!*, mientras la otra se enojaba y rezongaba?

EL BARÓN. — ¿Y a quién iba dirigida esa carta?

DON BLASIO. — Ese precisamente es el *hic*, monseñor, *hic jacte lepus*. ¿A quién iba dirigida esa carta? A un hombre que hace la corte a una mozuela que guarda pavos. Ahora bien, un hombre que hace públicamente la corte a una moza que guarda pavos, puede ser sospechado violen-

tamente de haber nacido para guardarlos él. Sin embargo, es imposible que vuestra sobrina, con la educación que ha recibido, esté enamorada de un hombre semejante: eso es lo que digo, y por eso no comprendo nada, exactamente lo mismo que vos, con perdón sea dicho.

El Barón. — ¡Cielos! Mi sobrina me ha dicho esta mañana que rechaza la mano de su primo Perdicán. ¿Estará enamorada de un pavero? Pasemos a mi despacho; he experimentado desde ayer sacudidas tan violentas, que no puedo coordinar mis ideas.

Salen.

CUADRO QUINTO

Una fuente en un bosque.

Entra PERDICÁN.

PERDICÁN. — *Leyendo un billete.* «A mediodía junto a la fuente». ¿Qué quiere decir esto? ¿Tanta frialdad, una negativa tan positiva, tan cruel, un orgullo tan insensible, y después de todo, una cita? Si es para hablarme de negocios, ¿por qué elegir sitio semejante? ¿Es una coquetería? Esta mañana, mientras me paseaba con Roseta, he oído moverse algo en la maleza, y me ha parecido que era un paso de cierva. ¿Hay aquí alguna intriga?

Entra Camila.

CAMILA. — Buenos días, primo: he creído notar, con razón o sin ella, que esta mañana os se-

parabais de mí con tristeza. Me habéis cogido la mano a pesar mío; vengo a pediros la vuestra. Os he negado un beso: tomadle. *Le besa.* Ahora, me habéis dicho que os gustaría hablar en buena amistad. Sentaos ahí, y hablemos. *Se sienta.*

PERDICÁN. — ¿Había yo soñado o estoy soñando en este momento?

CAMILA. — Os ha parecido extraño recibir un billete mío, ¿no es verdad? Soy de humor variable; pero me habéis dicho esta mañana una palabra muy justa: «Puesto que nos separamos, separémonos buenos amigos». No sabéis por qué razón me marcho, y vengo a decírosla: voy a tomar el hábito de religiosa.

PERDICÁN. — ¿Es posible? ¿Eres tú, Camila, eres tú la que veo en esta fuente, sentada sobre las margaritas como los días de antaño?

CAMILA. — Sí, Perdicán, soy yo. Vengo a vivir de nuevo un cuarto de hora de la vida pasada. Os he parecido brusca y altanera. Es muy sencillo: he

renunciado al mundo. Sin embargo, antes de abandonarle, me gustaría saber vuestra opinión. ¿Os parece que tengo razón en hacerme religiosa?

PERDICÁN. — No me preguntéis sobre eso, porque yo nunca me haré fraile.

CAMILA. — En casi diez años que hemos vivido lejos uno de otro, habéis empezado la experiencia de la vida. Sé qué hombre sois, y debéis haber aprendido mucho en poco tiempo, con un corazón y un ingenio como los vuestros. Decidme, ¿habéis tenido amantes?

PERDICÁN. — ¿Por qué esa pregunta?

CAMILA. — Respondedme, os lo ruego, sin modestia y sin fatuidad.

PERDICÁN. — Las he tenido.

CAMILA. — ¿Las habéis amado?

PERDICÁN. — Con todo mi corazón.

CAMILA. — ¿Dónde están ahora? ¿Lo sabéis?

PERDICÁN. — He aquí, en verdad, preguntas

extrañas. ¿Qué queréis que os diga? No soy ni su marido ni su hermano; estarán donde bien les parezca.

CAMILA.— Necesariamente debe haber una que hayáis preferido a las otras. ¿Cuánto tiempo amasteis a la que habéis amado más?

PERDICÁN. — ¡Eres una chiquilla graciosa! ¿Quieres convertirte en confesor mío?

CAMILA. — Es un favor que os pido: respondedme sinceramente. No sois un libertino, y creo que vuestro corazón tiene probidad. Habéis debido inspirar amor, porque lo merecéis, y porque no os habríais entregado a un capricho. Respondedme, os lo ruego.

PERDICÁN. — No recuerdo, a fe mía.

CAMILA. — ¿Conocéis a algún hombre que no haya amado más que a una mujer?

PERDICÁN. — Los hay, seguramente.

CAMILA. — ¿Es amigo vuestro? Decidme su nombre.



PERDICÁN. — No puedo deciros nombre ninguno, pero creo que hay hombres capaces de no amar sino una sola vez.

CAMILA. — ¿Cuántas veces puede amar un hombre honrado?

PERDICÁN. — ¿Quieres hacerme recitar una letanía, o eres tú la que estás recitando un catecismo?

CAMILA. — Quisiera instruirme, y saber si hago bien o mal en hacerme religiosa. Si me casase con vos, ¿no estaríais obligado a responder con franqueza a todas mis preguntas, y a mostrarme lealmente vuestro corazón? Os estimo mucho, y os creo, por vuestra educación y vuestra naturaleza, superior a otros muchos hombres. Siento que no recordéis lo que os pregunto; acaso, conociéndcos mejor, me arriesgaría.

PERDICÁN. — ¿Dónde quieres ir a parar? Habla; responderé.

CAMILA. — Responded entonces a mi primera

pregunta. ¿Hago bien en quedarme en el convento?

PERDICÁN. — No.

CAMILA. — ¿Haría mejor en casarme con vos?

PERDICÁN. — Sí.

CAMILA. — Si el cura de vuestra parroquia soplase sobre un vaso de agua, y os dijese que era un vaso de vino, ¿le beberíais como tal?

PERDICÁN. — No.

CAMILA. — Si el cura de vuestra parroquia soplase sobre vos, y me dijese que vais a amarme toda la vida, ¿tendré motivo para creerle?

PERDICÁN. — Sí y no.

CAMILA. — ¿Qué me aconsejaríais que hiciese el día en que viese que ya no me amabais?

PERDICÁN. — Tomar un amante.

CAMILA. — ¿Y qué haría después el día en que mi amante ya no me amase?

PERDICÁN. — Tomar otro.

CAMILA. — ¿Y cuánto tiempo duraría todo eso?

PERDICÁN. — Hasta el día en que tengas los cabellos grises; pero entonces los míos estarán blancos.

CAMILA. — ¿Sabéis lo que es un claustro, Perdicán? ¿Habéis pasado alguna vez el día entero sentado en el banco de un monasterio de mujeres?

PERDICÁN. — Sí.

CAMILA. — Tengo una amiga que no tiene más que treinta años, y que ha tenido quinientas mil libras de renta a los quince. Es la criatura más bella y más noble que ha pisado la tierra. Era par del parlamento, y estaba casada con uno de los hombres más distinguidos de Francia. Ninguna de las nobles facultades humanas había quedado en ella sin cultivo, y, como arbusto de savia escogida, todos sus brotes habían dado ramas. Nunca el amor y la felicidad ceñirán su corona florida a frente más bella. Su marido la ha enga-

ñado: ella ha amado a otro hombre, y se muere de desesperación.

PERDICÁN. — Es posible.

CAMILA. — Tenemos la misma celda, y hemos pasado noches enteras hablando de sus desgracias: casi se han hecho mías. Es extraño, ¿verdad? No sé en qué consiste. Cuando me hablaba de su matrimonio, cuando primero me pintaba la embriaguez de los primeros días, luego la tranquilidad de los otros, y cómo, por fin, todo había volado; cómo estaba sentada por las noches junto a la lumbre, y él junto a la ventana, sin decirse una sola palabra; cómo su amor había languidecido, y cómo todos sus esfuerzos para acercarse uno a otro no engendraban sino querellas; cómo una figura extraña vino poco a poco a colocarse entre ellos y a deslizarse en sus sufrimientos, era a mí misma a quien yo iba viendo vivir mientras hablaba ella. Cuando decía: «Allí he sido feliz», mi corazón saltaba; y cuando añadía: «Allí he

llorado», corrían mis lágrimas. Pues figuraos algo más extraño aún: he acabado por crearme una vida imaginaria; ha durado cuatro años; inútil deciros por cuántas reflexiones, por cuánta meditación sobre mí misma he llegado a esto. Lo que quería contaros como cosa curiosa es que todos los relatos de Luisa, todas las ficciones de mis sueños se parecían a vos.

PERDICÁN. — ¿A mí?

CAMILA. — Sí, y es natural: erais el único hombre a quien yo había conocido. En verdad, os he amado, Perdicán.

PERDICÁN. — ¿Cuántos años tienes, Camila?

CAMILA. — Diez y ocho.

PERDICÁN. — Continúa: te escucho.

CAMILA. — Hay doscientas mujeres en nuestro convento; de ellas, unas pocas no conocerán nunca la vida, y todas las demás esperan la muerte. Más de una ha salido del monasterio, como yo salgo hoy, virgen y llena de esperanza. Todas han

vuelto poco después, viejas y desoladas. Todos los días muere alguna en nuestros dormitorios, y todos los días vienen otras nuevas a ocupar el sitio de las muertas sobre los colchones de crin. Los extraños que nos visitan admiran la quietud y el orden de la casa; miran atentamente la blancura de nuestros velos; pero se preguntan por qué nos cubrimos los ojos con ellos. ¿Qué pensáis de esas mujeres, Perdicán? ¿Tienen razón o no la tienen?

PERDICÁN. — No lo sé.

CAMILA. — Hay algunas que me aconsejan que permanezca virgen. Me agrada consultaros. ¿Creéis que esas mujeres hubieran hecho mejor en tomar un amante y en aconsejarme que hiciera otro tanto?

PERDICÁN. — No lo sé.

CAMILA. — Me habéis prometido responderme.

PERDICÁN. — Tengo dispensa lícita. No creo que seas tú quien hablas.

CAMILA. — Bien puede ser; acaso en todas mis ideas hay cosas muy ridículas. Es posible que yo no sea más que un lorito a quien han enseñado una lección. Hay en la galería un cuadro que representa a un abad inclinado sobre un misal: a través de los barrotes obscuros de su celda, se desliza un débil rayo de sol, y se ve una *locanda* italiana, delante de la cual danza un cabrero. ¿A cuál de esos dos hombres estimáis más?

PERDICÁN. — Ni a uno ni a otro, y a los dos. Son dos hombres de carne y hueso; hay uno que lee y otro que danza; no veo en ellos otra cosa. Tienes razón en hacerte monja.

CAMILA. — Hace un momento me decíais que no.

PERDICÁN. ¿He dicho que no? Es posible.

CAMILA. — Entonces, ¿me lo aconsejáis?

PERDICÁN. — ¿De modo que no crees en nada?

CAMILA. — ¡Levanta la cabeza, Perdicán! ¿Cuál es el hombre que no cree en nada?

PERDICÁN. — *Levantándose.* Aquí tienes uno; no creo en la vida inmortal... Hermana querida, las religiosas te han dado su experiencia; pero, hazme caso a mí, no es la tuya: no morirás sin haber amado.

CAMILA. — Quiero amar, pero no quiero sufrir; quiero amar con amor eterno, y hacer juramentos que no se violen. Este es mi amante. *Enseña su crucifijo.*

PERDICÁN. — Ese amante no excluye a los demás.

CAMILA. — Para mí al menos, los excluirá. ¡No sonriáis, Perdicán! Hace diez años que no os he visto, y me marcho mañana. Dentro de otros diez años, si nos volvemos a ver, volveremos a hablar de esto. No he querido quedar en vuestro recuerdo como una fría estatua, porque la insensibilidad lleva al punto en que estoy. Escuchadme: volved a la vida, y mientras seáis feliz, mientras améis como se puede amar en la tierra, olvidad a vues-

tra hermana Camila; pero si alguna vez os olvidan, o si vos olvidáis, si el ángel de la esperanza os abandona, cuando estéis a solas con el vacío de vuestro corazón, pensad en mí, que rogaré por vos.

PERDICÁN. — Eres una orgullosa. Desconfía de ti misma.

CAMILA. — ¿Por qué?

PERDICÁN. — ¡Tienes diez y ocho años, y no crees en el amor!

CAMILA. — ¿Creéis vos? Aquí estáis postrado ante mí con rodillas que se han gastado sobre las alfombras de vuestras queridas, y ni siquiera recordáis su nombre. Habéis llorado lágrimas de gozo y lágrimas de desesperación; pero sabíais al llorarlas que el agua de los manantiales es más constante que vuestras lágrimas, y que siempre estaría a mano para lavar vuestros párpados hinchados. Hacéis vuestro oficio de galán, y sonreís cuando os hablan de mujeres desoladas; no creéis

que pueda morirse de amor, vos que vivís y habéis amado. ¿Qué es el mundo? Me parece que debéis despreciar cordialmente a las mujeres que os toman como sois, y que despiden a su último amante para atraeros a sus brazos con los besos de otro en los labios. Os preguntaba hace un instante si habíais amado; me habéis respondido como un viajero a quien se preguntase si ha estado en Italia o en Alemania, y respondiese: «Sí, he estado»; y que, después, estuviese pensando en ir a Suiza, o al primer país que se le antojase. ¿Es vuestro amor una moneda, que así puede pasar de mano en mano hasta la muerte? No: no es ni siquiera una moneda; porque la más menuda pieza de oro vale más que vos, y en cualquier mano por la que pase, conserva su efigie.

PERDICÁN. — ¡Qué hermosa eres, Camila, cuando se animan tus ojos!

CAMILA. — Sí, soy hermosa, lo sé. Los aduladores no me dirán nada que yo ignore: la fría

monja que corte mis cabellos, palidecerá, tal vez, al cortarlos; pero no se trocarán en sortijas y cadenas para correr salones; no faltará ni uno en mi cabeza cuando el hierro los siegue; no quiero más que un tijeretazo, y cuando el sacerdote que me bendiga me ponga en el dedo el anillo de oro de mi esposo celestial, el rizo de cabellos que le entregue podrá servirle de manto.

PERDICÁN. — Estás enojada.

CAMILA. — He hecho mal en hablar; tengo mi vida en los labios. ¡Oh, Perdicán, no os burléis; todo esto es triste como la muerte!

PERDICÁN. — Pobre chiquilla, te dejo decir, y tengo deseos de responder una palabra. Me hablas de una religiosa que me parece haber tenido funesta influencia sobre ti; dices que ha sido engañada, que ha engañado a su vez, y que está desesperada. ¿Estás segura de que si su marido o su amante volvieran a alargarle la mano a través de la reja del locutorio, no alargaría ella la suya?

CAMILA. — ¿Qué decís? He oído mal.

PERDICÁN. — ¿Estás segura de que si su marido o su amante volviesen a decirle que sufriese otra vez, respondería que no?

CAMILA. — Lo creo.

PERDICÁN. — Hay doscientas mujeres en tu monasterio, y la mayor parte de ellas tienen en el fondo del corazón heridas profundas; te las han hecho tocar, han coloreado tu pensamiento virginal con gotas de su sangre. Han vivido, ¿no es cierto?, y te han mostrado con horror el camino de su vida; tú te has santiguado ante sus cicatrices como ante las llagas de Jesús; te han dado puesto en sus procesiones lúgubres, y tú te estrechas contra sus cuerpos descarnados, con temor religioso, cuando ves pasar a un hombre. ¿Estás segura de que si el hombre que pasa fuera el que las engañó, aquel por quien lloran y sufren, aquel a quien maldicen rogando a Dios, estás segura de que al verle no romperían sus cadenas para correr

a sus pasadas desdichas, y para apretar contra sus pechos ensangrentados el puñal que las ha herido? ¡Oh, hija mía! ¿Sabes los sueños de esas mujeres que te aconsejan que no sueñes? ¿Sabes qué nombre murmuran cuando los sollozos que salen de sus labios hacen temblar la hostia que les ofrecen? ¿Sabes quiénes son las que se sientan a tu lado, cabeceando para derramar en tu oído su vejez marchita, las que tañen en las ruinas de tu juventud la campana de su desesperación, las que hacen sentir a tu sangre roja la frialdad de sus sepulcros?

CAMILA. — Me dais miedo. También de vos se apodera la ira.

PERDICÁN. — ¿Sabes tú qué son monjas, desgraciada? Y ellas, que te presentan el amor de los hombres como una mentira, ¿saben que hay algo peor aún: la mentira del amor divino? ¿Saben que es crimen venir a cuchichear a una virgen palabras de mujer? ¡Ah! ¡Qué bien te han adies-

trado! ¡Cómo había previsto yo todo esto cuando te detuviste frente al retrato de nuestra tía abuela! Querías marcharte sin darme la mano; no querías volver a ver ni este bosque, ni esta fuentecilla que nos mira llorando; renegabas los días de tu infancia, y la máscara de yeso que las monjas han colocado sobre tus mejillas me negaba un beso de hermano; pero tu corazón ha latido, ha olvidado su lección, él que no sabe leer, y has vuelto a sentarte en esta hierba. Pues bien, Camila: esas mujeres te han dicho la verdad, te han puesto en el camino verdadero; podrá costarme la felicidad de mi vida, pero diles esto de mi parte: el cielo no es para ellas.

CAMILA. — Ni para mí, ¿verdad?

PERDICÁN. — Adiós, Camila; vuelve a tu convento, y cuando te cuenten todos esos espantos que te han envenenado, responde lo que voy a decirte: Todos los hombres son embusteros, inconstantes, falsos, charlatanes, hipócritas, or-

gullosos o cobardes, despreciables y sensuales; todas las mujeres son pérfidas, artificiosas, vanidosas, curiosas y depravadas. El mundo no es sino una sentina sin fondo en la cual las focas más informes se arrastran y se retuercen sobre montañas de fango; pero en ese mundo hay una cosa santa y sublime: es la unión de dos de esos seres tan imperfectos y tan espantosos. A menudo nos engaña el amor, a menudo nos hiere, a menudo nos hace desdichados; pero amamos, y cuando estamos en el borde del sepulcro, nos volvemos para mirar atrás, y decimos: He sufrido a menudo, me he engañado algunas veces, pero he amado. Soy yo quien ha vivido, y no un ser ficticio creado por mi orgullo y por mi tedio.

Sale.

ACTO TERCERO

Delante del castillo.

Entran el BARÓN y DON BLASIO.

EL BARÓN. — Independientemente de vuestra desmedida afición al vino, sois un belitre, maestro Blasio. Mis criados os ven entrar furtivamente en la antecocina, y cuando estáis convicto de haberme robado mis botellas del modo más lamentable, creéis justificaros acusando a mi sobrina de una correspondencia secreta.

DON BLASIO. — Pero, señor, dignaos recordar...

EL BARÓN. — ¡Salid, señor clérigo, y no volváis a aparecer ante mi vista; vuestro modo de obrar es necio, y mi gravedad me obliga a no perdonaros en mi vida!

Sale. Don Blasio le sigue. Entra Perdicán.

PERDICÁN. — Quisiera saber si en verdad estoy enamorado. Por una parte, ese modo de interrogar, un tanto atrevido, para una muchacha de diez y ocho años...; por otra, las ideas que esas monjas le han metido en la cabeza, y que costará trabajo corregir. Además, debe marcharse hoy. ¡Diablo! La quiero, es seguro. Después de todo, ¿quién sabe?, puede que repitiese una lección, y además es claro que no le importo nada absolutamente. Además, es bonita, pero tiene modales demasiado decididos, y el tono un poco brusco. Con no pensar en ella, está todo arreglado; está claro que no la quiero. Es cierto que es bonita; pero ¿por qué no quiere quitárseme de la cabeza la conversación de ayer? He pasado la noche chocheando. ¿Dónde voy?... ¡Ah! Sí. Voy al pueblo.

Sale.

Un camino.

Entra DON BRIDENIO.

DON BRIDENIO. — ¿Qué estarán haciendo ahora? ¡Ay! Es mediodía... están sentados a la mesa. ¿Qué comerán? ¿Qué no comerán? He visto a la cocinera atravesar el pueblo con un pavo enorme. El pinche llevaba las trufas y una cesta de uvas.

Entra Don Blasio.

DON BLASIO. — ¡Oh, desgracia imprevista! Héme aquí, arrojado del castillo, y por consiguiente, del comedor. Ya no beberé el vino de la antecocina.

DON BRIDENIO. — Ya no veré salir el humo de las fuentes. Ya no calentaré mi vientre copioso al fuego de la noble chimenea.

Don Blasio. — ¿Por qué una fatal curiosidad me ha arrastrado a escuchar el diálogo de Doña Felpa y de la sobrina? ¿Por qué he ido a contar al Barón todo lo que he visto?

Don Bridenio. — ¿Por qué un vano orgullo me ha alejado de esa honrosa comida, en la cual me acogían con tanto agrado? ¿Qué me importaba estar a la derecha o a la izquierda?

Don Blasio. — ¡Ay! Estaba borracho, preciso es confesarlo, cuando cometí tal locura.

Don Bridenio. — ¡Ay! El vino se me había subido a la cabeza cuando cometí semejante imprudencia.

Don Blasio. — Me parece que veo al padre cura.

Don Bridenio. — Es el preceptor en persona.

Don Blasio. — ¡Oh! ¡Oh! Padre cura, ¿qué hacéis ahí?

Don Bridenio. — Voy a comer. ¿No venís vos?

Don Blasio. — Hoy no. ¡Ay! Don Bridenio,

interceded por mí; el Barón me ha despedido. He acusado falsamente a la señorita Camila de sostener una correspondencia secreta, y, sin embargo, Dios me es testigo de que he visto o he creído ver a Doña Felpa en el césped. Estoy perdido, padre cura.

DON BRIDENIO. — ¿Qué me decís?

DON BLASIO. — ¡Ay de mí! La verdad. Estoy en completa desgracia por haber robado una botella.

DON BRIDENIO. — ¿Cómo habláis, señor mío, de botellas robadas a propósito del césped y de una correspondencia secreta?

DON BLASIO. — Os suplico que aboguéis por mi causa. Soy hombre honrado, Don Bridenio. ¡Oh, digno señor Don Bridenio, soy vuestro criado!

DON BRIDENIO. — *Aparte.* ¡Oh, fortuna! ¿Es esto un sueño? Estaré, pues, sentado sobre ti, ¡oh silla bienaventurada!

Don Blasio. — Os agradeceré que escuchéis mi historia, y que os dignéis disculparme, digno señor mío, amado padre cura.

Don Bridenio. — Me es imposible, señor mío; han dado ya las doce, y me voy a comer. Si él se queja de vos, es cuenta vuestra. No intercedo por un borracho. *Aparte.* Pronto, volemos a la verja; y tú, vientre mío, redondéate.

Sale corriendo.

Don Blasio. — *Solo.* ¡Miserable Felpa, tú pagarás por todos! Sí, tú eres la causa de mi ruina, mujer desvergonzada, tercera ruin, a ti es a quien debo esta desgracia. ¡Oh, santa universidad de París! ¡Me tratan de borracho! Estoy perdido si no me apodero de una carta, y no demuestro al Barón que su sobrina sostiene una correspondencia. La he visto esta mañana escribiendo en su secreter. ¡Paciencia! Hay novedades.

Pasa Doña Felpa, llevando una carta.

Don Blasio. — ¡Felpa, dadme esa carta!

DOÑA FELPA. — ¿Qué significa esto? Es una carta de mi señora, y voy al pueblo a echarla al correo.

DON BLASIO. — ¡Dádmela o sois muerta!

DOÑA FELPA. — ¿Muerta yo? ¡Muerta! ¡Jesús, María! ¡Virgen y mártir!

DON BLASIO. — Sí, muerta, Felpa; dadme ese papel.

Pelean. Entra Perdicán.

PERDICÁN. — ¿Qué es esto? ¿Qué hacéis, Blasio? ¿Por qué maltratáis a esta mujer?

DOÑA FELPA. — ¡Devolvedme la carta! ¡Me la ha cogido, señor; justicia!

DON BLASIO. — Es una tercera, señor. Esa carta es un billete de amor.

DOÑA FELPA. — Es una carta de Camila, señor, de vuestra prometida.

DON BLASIO. — Es una carta de amor para un pavero.

DOÑA FELPA. — ¡Mientes, clérigo! ¡Te lo digo yo!

PERDICÁN. — Dadme esa carta. No comprendo

vuestra disputa; pero en calidad de prometido de Camila, me tomo el derecho de leerla. *Lee.* «A Sor Luisa, en el convento de... » *Aparte.* ¡Qué maldita curiosidad me sobrecoge a pesar mío! Mi corazón late con fuerza, y no sé lo que siento... Retiraos, Doña Felpa; sois una mujer digna, y Don Blasio es un necio. Id a comer. Yo me encargo de llevar esta carta al correo.

Salen Don Blasio y Doña Felpa.

PERDICÁN. — *Solo.* Que es un crimen abrir una carta, lo sé demasiado para cometerle. ¿Qué puede decir Camila a esta monja? ¿Estaré enamorado? ¿Qué imperio tiene sobre mí esta chiquilla extraña, para que las tres palabras escritas en este sobre me hagan temblar la mano? Es singular. Blasio, peleando con Doña Felpa, ha hecho saltar el sello. ¿Es un crimen romper este pliego? ¡Bueno... qué más da! *Abre la carta y lee:* «Me »marcho hoy, queridísima, y todo ha sucedido »como había previsto. Es una cosa terrible, pero

»este pobre muchacho tiene el puñal clavado en »el corazón; no se consolará de haberme perdido. »Sin embargo, he hecho lo imposible por desilu- »sionarle. Dios me perdonará haberle hundido en »la desesperación con mi negativa. ¡Ay!, queridí- »sima, ¿cómo lo iba a poder remediar? Reza por »mí; mañana volveremos a estar juntas, y para »siempre. Tuya con lo mejor de mi alma — CA- »MILA». ¿Es posible? ¡Camila escribe esto! ¡Es de mí de quien habla de este modo! ¡Yo desesperado por su negativa! ¡Válgame Dios! Si eso fuera verdad, se me conocería; porque en el amor no cabe avergonzarse. . . ¿Que ha hecho lo imposible por desilusionarme, dice, y que tengo el puñal clavado en el corazón? ¿Qué interés puede tener en inventar semejante novela? ¿Acaso es verdad lo que pensé esta noche? ¡Oh, mujeres! ¡Y esta pobre Camila acaso es muy piadosa! Se entrega a Dios de buen corazón, pero ha resuelto y decretado dejarme sumido en desesperación. Las dos

buenas amigas lo habían convenido antes de salir del convento. Habían decidido que Camila iba a volver a ver a su primo, que iban a querer casarla con él, que ella se negaría, y que el primo se quedaría desconsolado. ¡Es tan interesante una niña que hace a Dios el sacrificio de la felicidad de su primo! No, no, Camila, no te quiero, no estoy desesperado, no tengo el puñal en el corazón, y te lo demostraré. Sí: sabrás que quiero a otra antes de marcharte de aquí. ¡Hola! ¡Buen hombre!

Entra un aldeano.

PERDICÁN. — Vaya usted al castillo; diga usted en la cocina que envíen a un lacayo a llevar esta carta a la señorita Camila. *Escribe.*

EL ALDEANO. — Sí, señor.

Sale.

PERDICÁN. — Y ahora a la otra. ¡Ah! ¡Estoy desesperado! ¡Hola! ¡Roseta! ¡Roseta!

Llama a una puerta.

ROSETA. — *Abriendo.* ¿Sois vos, señor? Entrad, mi madre está en casa.

PERDICÁN. — Ponte tu cofia más linda, y vente conmigo.

ROSETA. — ¿A dónde?

PERDICÁN. — Ahora te lo diré: pide permiso a tu madre, pero date prisa.

ROSETA. — Sí, señor.

Entra en la casa.

PERDICÁN. — He pedido otra cita a Camila, y estoy seguro de que acudirá; pero, ¡por Dios! no hallará lo que piensa. Quiero hacer la corte a Roseta delante de Camila.

CUADRO TERCERO

El bosquecillo.

Entran CAMILA y el ALDEANO.

EL ALDEANO.— Señorita, voy al castillo a llevar una carta para vos; ¿os la doy, o la llevo a entregar a la cocina, como me ha dicho el señor Perdicán?

CAMILA. — Dámela.

EL ALDEANO. — Si preferís que la lleve al castillo, no puedo detenerme.

CAMILA. — ¡Te digo que me la des!

EL ALDEANO. — Como os plazca.

Le da la carta.

CAMILA. — Toma por tu trabajo.

El Aldeano. — Muchas gracias. Me marcho, ¿no?

Camila. — Si quieres.

El Aldeano.—Me marcho, me marcho.

Sale.

Camila. — *Leyendo.* Perdicán me pide que le diga adiós, junto a la fuentecilla donde le cité ayer. ¿Qué tendrá que decirme? La fuente está aquí mismo, y me dan tentaciones... ¿Debo conceder esta segunda cita? ¡Ah! *Se esconde detrás de un árbol.* Ahí viene Perdicán con Roseta, mi hermana de leche. Supongo que ahora la dejará. No quiero que parezca que llego la primera.

Entran Perdicán y Roseta, que se sientan

Camila. — *Escondida, aparte.* ¿Qué quiere decir esto? ¡La hace sentarse a su lado! ¿Me pide una cita para venir a hablar con otra? Tengo curiosidad por saber lo que le está diciendo.

Perdicán. — *En voz alta para que Camila le oiga.* ¡Te quiero, Roseta! Tú eres la única en el

mundo que no has olvidado nada de nuestros hermosos días pasados; tú sola te acuerdas de la vida que ya no existe; toma tu parte de mi vida nueva; dame tu corazón, niña querida; he aquí la prenda de nuestro amor. *Le pone su cadena al cuello.*

ROSETA. — ¿Me dáis vuestra cadena de oro?

PERDICÁN. — Ahora, mira esta sortija. Levántate, y acerquémonos a esa fuente. ¿Nos ves a los dos en lo hondo, apoyados uno en otro? ¿Ves tus hermosos ojos junto a los míos, tu mano entre la mía? Mira cómo se borra todo. *Tira la sortija al agua.* Mira cómo ha desaparecido nuestra imagen; mira cómo vuelve poco a poco; el agua, que se había removido, vuelve a recobrar su equilibrio; aún tiembla; grandes círculos negros corren sobre su superficie; paciencia, ya reaparecemos; ya distingo de nuevo tus brazos enlazados con los míos; dentro de un minuto, ya no habrá ni una arruga en tu lindo rostro. ¡Mira, era una sortija que me había dado Camila!



CAMILA. — *Aparte.* ¡Ha tirado mi sortija al agua!

PERDICÁN. — ¿Sabes tú qué es amor, Roseta? ¡Escucha! El viento se calla; la lluvia de la mañana resbala en perlas sobre las hojas secas que el sol reanima. ¡Por la luz del cielo, por el sol que nos ve, te quiero! ¿Tú me quieres a mí, verdad? Nadie ha marchitado tu juventud; nadie ha infiltrado en tu sangre roja los restos de una sangre cansada. Tú no quieres meterte monja; eres joven y hermosa, y estás en los brazos de un hombre joven como tú. ¡Oh, Roseta, Roseta! ¿sabes tú qué es amor?

ROSETA. — ¡Ay, señor doctor, os amaré como pueda!

PERDICÁN. — Sí, como puedas; y me amarás mejor, aunque soy doctor, y tú eres aldeana, que esas estatuas pálidas fabricadas por las monjas, que tienen la cabeza en el sitio del corazón, y que salen de los claustros para venir a derramar por la vida la atmósfera húmeda de sus celdas.

Tú no sabes nada; tú no sabrías leer en un libro la oración que tu madre te ha enseñado, como a ella se la enseñó su madre; ni siquiera comprendes el sentido de las palabras que vas repitiendo, cuando te arrodillas al pie de tu cama; pero comprendes que rezas, y eso es todo lo que Dios necesita.

ROSETA. — ¡Cómo me habláis, señor!

PERDICÁN. — Tú no sabes leer; pero sabes qué dicen estos bosques y estas praderas, estos arroyos tibios, estos hermosos campos cubiertos de mies, toda esta naturaleza espléndida de juventud. Tú reconoces a todos esos miles de hermanos, y a mí, uno entre ellos; levántate, tú serás mi mujer, y arraigaremos juntos en la savia del mundo todopoderoso.

Sale con Roseta.

CUADRO CUARTO

Entra el CORO.

El Coro. — Algo extraño pasa seguramente en el castillo; Camila se ha negado a casarse con Perdicán; hoy debe volver al convento de donde ha venido. Pero creo que su señor primo se ha consolado con Roseta. ¡Ay!, la pobre muchacha no sabe qué peligro corre escuchando la charla de un señor joven y galante.

Doña Felpa. — *Entrando.* ¡Pronto, pronto, que ensillen mi asno!

El Coro. — ¿Pasaréis como un sueño ligero, oh dueña venerable? ¿Vais inmediatamente a subir sobre ese pobre animal que tan triste se siente bajo vuestro peso?

Doña Felpa. — A Dios gracias, amada canalla, no moriré aquí.

El Coro. — Morid lejos, Felpa amiga; morid desconocida en una cripta malsana. Haremos votos por vuestra respetable resurrección.

Doña Felpa. — Mi señora viene. *A Camila que entra.* Querida Camila, todo está dispuesto para nuestra marcha; el Barón ha dado sus cuentas, y mi asno está albardado.

Camila. — ¡Idos al diablo vos y vuestro asno! No me marcho.

Sale.

El Coro. — ¿Qué significa esto? Doña Felpa está pálida de terror; sus cabellos postizos intentan erizarse, su pecho silba con fuerza, y sus dedos se alargan y se crispan.

Doña Felpa. — ¡Jesucristo! ¡Camila ha jurado!

Sale.

CUADRO QUINTO

Entran el BARÓN y DON BRIDENIO.

DON BRIDENIO. — Señor: es preciso que os hable reservadamente. Vuestro hijo hace la corte a una aldeana.

EL BARÓN. — Eso es absurdo, amigo mío.

DON BRIDENIO. — Estos ojos le han visto pasar por el brezal dándole el brazo; se inclinaba a su oído, y le prometía casarse con ella.

EL BARÓN. — Eso es monstruoso.

DON BRIDENIO. — Podéis estar seguro; le ha hecho un regalo considerable, que la chiquilla ha enseñado a su madre.

EL BARÓN. — ¡Oh, cielos! ¿Considerable, Bridenio? ¿Considerable, en qué?

Don Bridenio. — Considerable en peso y en consecuencias. La cadena de oro que llevaba en el sombrero.

El Barón. — Pasemos a mi despacho; no sé qué pensar.

Salen.

CUADRO SEXTO

La habitación de Camila.

Entran CAMILA y DOÑA FELPA.

CAMILA. — ¿Decís que ha cogido mi carta?

DOÑA FELPA. — Sí, hija mía; se ha encargado de echarla al correo.

CAMILA. — Id al salón, Felpa, y hacedme el favor de decir a Perdicán que le estoy esperando aquí.

Doña Felpa sale.

CAMILA. — Ha leído mi carta, es seguro; su escena del bosque es una venganza, como su amor por Roseta. Ha querido demostrarme que amaba a otra, y fingirse indiferente a pesar de su despecho. ¿Me querrá? *Levanta el tapiz.*

CAMILA. — ¿Estás ahí, Roseta?

ROSETA. — *Entrando.* Sí; ¿puedo entrar?

CAMILA. — Escucha, hija mía: el señor Perdicán, ¿no te hace la corte?

ROSETA. — ¡Ay! Sí.

CAMILA. — ¿Qué piensas de lo que te ha dicho esta mañana?

ROSETA. — ¿Esta mañana? ¿Dónde?

CAMILA. — ¡No seas hipócrita! ... Esta mañana, en la fuente, en el bosquecillo.

ROSETA. — ¿Me habéis visto?

CAMILA. — ¡Pobre inocente! No, no te he visto. Te ha dicho muchas cosas bonitas, ¿no? Apostemos a que te ha prometido casarse contigo.

ROSETA. — ¿Cómo lo sabéis?

CAMILA. — ¿Qué importa el cómo lo sé? ¿Crees en sus promesas?

ROSETA. — ¿Cómo no voy a creer? ¿Me iba a engañar? ¿Para qué?

CAMILA. — Perdicán, hija mía, no se casará contigo.

ROSETA. — ¡Ay de mí! No lo sé.

CAMILA. — ¿Le quieres, infeliz? No se casará contigo, y la prueba, voy a dártela yo: vuelve a esconderte detrás de esa cortina; no tienes más que oir y entrar cuando yo te llame.

Roseta sale.

CAMILA. — *Sola.* Yo que creí hacer acto de venganza, ¿estaré haciendo obra de caridad? Esta pobre muchacha se ha dejado prender el corazón.

Entra Perdicán.

CAMILA. — Buenos días, primo; sentaos.

PERDICÁN. — ¡Qué traje tan elegante, Camila! ¿Contra quién va?

CAMILA. — Contra vos, tal vez; siento no haber podido acudir a la cita que me habéis pedido. ¿Teníais algo que decirme?

PERDICÁN. — *Aparte.* Por mi vida, he aquí una

mentirilla bastante gorda para un cordero sin mancha; la he visto detrás de un árbol escuchando la conversación. (*Alto.*) No tengo que deciros mas que adiós, Camila. Creí que os marchabais; sin embargo, vuestro caballo está en la cuadra, y no parecéis estar en traje de viaje.

CAMILA. — Me gusta la discusión; no estoy muy segura de haber agotado el deseo de disputar con vos.

PERDICÁN. — ¿De qué sirve disputar, cuando la reconciliación es imposible? El placer de las disputas consiste en hacer las paces.

CAMILA. — ¿Y estáis convencido de que no quiero hacerlas?

PERDICÁN. — No os burléis; no soy capaz de responderos.

CAMILA. — Quisiera que me hiciesen la corte; no sé si será porque estreno traje, pero tengo gana de divertirme. Me habéis propuesto ir al pueblo; vamos, consiento. Vayamos en barca: me

gustaría comer en el campo o dar un paseo por el bosque. ¿Hay luna esta noche? Es extraño, no lleváis ya en el dedo la sortija que os di.

PERDICÁN. — La he perdido.

CAMILA. — Por eso, entonces, la he encontrado yo; tomadla, Perdicán, aquí está.

PERDICÁN. — ¿Es posible? ¿Dónde la habéis encontrado?

CAMILA. — Miráis a ver si tengo las manos mojadas, ¿no es eso? A decir verdad, he echado a perder mi traje de convento para sacar esta baratija de la fuente. Por eso me he puesto otro, y, como os digo, el traje me ha mudado el humor. Ponéosla en el dedo.

PERDICÁN. —¿Has sacado esta sortija del agua, Camila, a riesgo de caer tú en la fuente? ¿Es un sueño? ¡Aquí está! ¡Pónmela tú! ¡Ah, Camila! ¿por qué me devuelves esta triste prenda de una felicidad que ya no existe? Habla, chiquilla coqueta e imprudente: ¿por qué te vas? ¿por qué

te quedas? ¿por qué de una hora a otra cambias de apariencia y de color, como cambia la piedra de esta sortija con cada rayo de sol?

Camila. — ¿Conocéis el corazón de las mujeres, Perdicán? ¿Estáis seguro de su inconstancia, y sabéis si cambian realmente de pensamiento al cambiar a veces de modo de hablar? Hay quien dice que no. Sin duda, muchas veces nos vemos obligadas a representar un papel, a mentir; ya veis que soy franca; pero, ¿estáis seguro de que todo mienta en una mujer cuando miente su lengua? ¿Habéis reflexionado bien en la naturaleza de ese ser débil y violento, en el rigor con que se le juzga, en los principios que se le imponen? Y ¿quién sabe si, obligada por el mundo a mentir, la cabeza de esta criaturita sin seso, no puede llegar a tomar la obligación por diversión, y a mentir a veces por pasatiempo, por locura, lo mismo que miente por necesidad?

Perdicán. — No entiendo nada de eso, y yo

no miento nunca. Te quiero, Camila; eso es todo lo que sé.

CAMILA. — ¿Decís que me amáis y no mentís nunca?

PERDICÁN. — Nunca.

CAMILA. — Aquí hay una que, sin embargo, dice que sabéis mentir algunas veces.

Levanta el tapiz; Roseta aparece en el fondo, desmayada sobre una silla.

¿Qué responderéis a esta niña, Perdicán, cuando os pida cuenta de vuestras palabras? Si no mentís nunca, ¿por qué se ha desmayado al oiros decir que me amáis? Os dejo con ella; intentad hacerla volver en sí.

Quiere salir.

PERDICÁN. — Un instante, Camila, escuchadme.

CAMILA. — ¿Qué queréis decirme? A Roseta es a quien debéis hablar. Yo no os amo; yo no he ido a buscar por despecho a esa infeliz chiquilla en el fondo de su choza, para hacer de ella un

cebo, un juguete; yo no he repetido imprudentemente ante ella palabras de fuego dirigidas a otra; yo no he fingido arrojar al viento, por ella, el recuerdo de una amistad querida; yo no le he puesto al cuello mi cadena; yo no le he dicho que me casaría con ella.

PERDICÁN. — ¡Oidme... oidme!

CAMIILA. — ¿No has sonreído hace un momento, cuando te he dicho que no había podido ir a la fuente? Pues bien, ¡sí!, estaba allí y lo he oído todo; pero, Dios me es testigo, no quisiera haber hablado como tú. ¿Qué vas a hacer de esta muchacha, ahora, cuando venga, con tus besos ardientes sobre los labios, a mostrarte llorando la herida que le has hecho? Has querido vengarte de mí, ¿no es verdad? y castigarme por una carta escrita a mi convento. Has querido arrojarme a toda costa algún dardo que pudiera alcanzarme, y nada te importó que tu flecha envenenada atravesase a esta chiquilla, con tal que

tras ella me hiriese a mí. Me había jactado de haberte inspirado un poco de amor, de dejarte un poco de tristeza. Eso te ha herido en tu noble orgullo. ¡Pues bien!, sábelo por mí: me quieres, ¿lo oyes? ¡Pero te casarás con esta criatura, o serás un cobarde!

PERDICÁN. — Sí, me casaré con ella.

CAMILA. — Y harás muy bien.

PERDICÁN. — Muy bien, y mucho mejor que casándome contigo. ¿Qué hay, Camila? ¿Por qué te alteras tanto? Esta niña está desmayada: ya lograremos hacerla volver en sí; para ello no hace falta mas que un frasco de vinagre; has querido probarme que había mentido una vez en mi vida; es posible, pero a mucho te atreves si quieres decidir en qué momento. Ven, ayúdame a socorrer a Roseta.

Salen.

El BARON y CAMILA.

El Barón. — Si eso sucede, me volveré loco.

Camila. — Haced uso de vuestra autoridad.

El Barón. — Me volveré loco, y negaré mi consentimiento, es seguro.

Camila. — Debierais hablarle y hacerle entrar en razón.

El Barón. — Esto me tendrá desesperado todo el Carnaval, y no iré ni una sola vez a la Corte. Es un matrimonio desproporcionado. Nunca se ha oído que nadie se case con la hermana de leche de su prima; esto pasa toda clase de límites.

Camila. — Mandadle llamar, y decidle claramente que esa boda os disgusta. Creedme,

es una locura; no se atreverá a desobedeceros.

El Barón. — Todo el invierno iré vestido de negro, tenedlo por seguro.

Camila. — ¡Pero habladle, por el amor de Dios! Ha hecho una insensatez; acaso ya es tarde; si ha hablado de ello, lo hará.

El Barón. — Voy a encerrarme para entregarme a mi dolor. Si pregunta por mí, decidle que estoy encerrado y que me entrego a mi dolor, al ver que se casa con una chiquilla sin nombre.

Sale.

Camila. — ¿No encontraré un hombre de corazón? En verdad, cuando busca uno a alguien, se asusta de su propia soledad.

Entra Perdicán.

Camila. — ¿Cuándo es la boda, primo?

Perdicán. — Lo antes posible; ya he hablado al notario, al cura y a todos los aldeanos.

Camila. — ¿De modo que estáis decidido de veras a casaros con Roseta?

PERDICÁN. — Seguramente.

CAMILA. — ¿Qué dirá vuestro padre?

PERDICÁN. — Lo que quiera; me agrada casarme con esta muchacha; es una idea que os debo, y me afirmo en ella. ¿Será preciso que os repita los lugares comunes más gastados sobre su nacimiento y el mío? Es joven y bonita, y me quiere; más de lo que hace falta para ser tres veces feliz. Que tenga ingenio o que no le tenga, otra peor hubiese podido encontrar. Vociferarán, se burlarán: me lavo las manos.

CAMILA. — No hay nada risible en todo ello; hacéis muy bien en casaros con ella. Pero me disgusta una cosa: dirán que os habéis casado por despecho.

PERDICÁN. — ¿Y eso os disgusta? De seguro que no.

CAMILA. — Sí, lo siento por vos. Habla muy poco en favor de un joven el no haber podido resistir a un momento de despecho.

PERDICÁN. — Sentidlo enhorabuena; a mí me da lo mismo.

CAMILA. — Lo decís, pero no lo pensáis. Es una muchacha de nada.

PERDICÁN. — Cuando sea mi mujer, será algo.

CAMILA. — Os cansaréis de ella antes de que el notario se haya puesto la casaca nueva y los zapatos para venir aquí; sentiréis náuseas en la comida de boda, y la misma noche de la fiesta haréis que corten a la novia los pies y las manos, como en todos los cuentos árabes, porque olerá a guisote.

PERDICÁN. — Ya veréis como no. No me conocéis; cuando una mujer es suave, y sensible, sana, buena y hermosa, soy capaz de darme por muy satisfecho; sí, en verdad, y sobre todo de no preocuparme de si sabe latín o deja de saberlo.

CAMILA. — ¡Es lástima que hayan gastado tanto dinero en hacéroslo aprender! Tres mil escudos tirados a la calle.

PERDICÁN. — Sí: hubiera valido más dárselos a los pobres.

CAMILA. — Vos os encargaréis de dárselos... a los pobres de espíritu, se entiende.

PERDICÁN. — Y ellos me darán a mí, en cambio, el reino de los cielos, porque es suyo.

CAMILA. — ¿Cuánto tiempo va a durar esta broma?

PERDICÁN. — ¿Qué broma?

CAMILA. — Vuestro matrimonio con Roseta.

PERDICÁN — Muy poco; Dios no ha hecho del hombre obra duradera: lo más treinta o cuarenta años.

CAMILA. — Tengo deseos de bailar en vuestra boda.

PERDICÁN. — ¡Escuchadme, Camila! Vuestro tono de broma está muy fuera de lugar.

CAMILA. — Me gusta demasiado para prescindir de él.

Perdicán. — Entonces, os dejo, porque a í no me hace ninguna gracia.

Camila. — ¿Vais a casa de vuestra prometida?

Perdicán. — Sí, ahora mismo.

Camila. — Dadme el brazo; voy yo también.

Entra Roseta.

Perdicán. — ¡Tú aquí, hija mía! Ven, quiero presentarte a mi padre.

Roseta. — *Arrodillándose.* Señor, vengo a pediros una gracia. Todos lo del pueblo con quienes he hablado esta mañana me han dicho que estáis enamorado de vuestra prima, y que no me habéis hecho la corte más que para divertiros los dos; se burlan de mí cuando paso, y después de haber sido la irrisión de todo el pueblo, nunca podré encontrar marido. Permitidme que os devuelva el collar que me habéis dado, y que viva en paz en casa de mi madre.

Camila. — Eres una buena muchacha, Roseta. Conserva ese collar: soy yo quien te le da, y mi

primo se quedará, en cambio, con el mío. En cuanto a encontrar marido, no te preocupes: yo me encargo de buscártele.

Perdicán. — No es difícil, efectivamente. Vamos, Roseta, que quiero presentarte a mi padre.

Camila. — ¿Para qué? Es inútil.

Perdicán. — Sí, tenéis razón, mi padre nos recibiría mal; hay que dejar pasar el primer momento de sorpresa. Ven conmigo, volveremos a la plaza. Me hace gracia que se atrevan a decir que no te quiero, cuando me caso contigo. ¡Pardiez! Les haremos callar.

Sale con Roseta.

Camila. — ¿Qué pasa por mí? Se la lleva con aire completamente tranquilo. Es particular. Parece que me da vueltas la cabeza. ¿Se casará de veras? ¡Hola! ¡Doña Felpa, doña Felpa! ¿No hay nadie aquí?

Entra un lacayo.

Camila. — Corred tras el señor Perdicán; de-

cidle en seguida que suba aquí, que tengo que hablarle.

Sale el lacayo.

CAMILA. — ¿Pero qué es esto? No puedo más, no me tienen las piernas.

Entra Perdicán.

PERDICÁN. — ¿Me habéis llamado, Camila?

CAMILA. — No, no...

PERDICÁN. — En verdad, estáis pálida: ¿qué tenéis que decirme? ¿Me habéis hecho llamar para hablarme?

CAMILA. — ¡No, no!... ¡Ay, Señor, Dios mío!

Sale.

CUADRO OCTAVO

Un oratorio.

Entra CAMILA, y se arroja al pie del altar.

CAMILA. — ¿Me habéis abandonado, Dios mío? Vos lo sabéis, cuando vine aquí, había jurado seros fiel; cuando me he negado a ser esposa de un hombre, creí hablar sinceramente ante Vos y ante mi conciencia; lo sabéis, Dios mío... ¿Ya no me queréis por vuestra? ¡Oh! ¿por qué hacéis mentir a la misma verdad? ¿Por qué soy tan débil? ¡Ah, desdichada de mí, ya no puedo rezar!

Entra Perdicán.

PERDICÁN. — Orgullo, el más fatal de los consejeros humanos, ¿qué has venido a hacer entre

esta chiquilla y yo? Ahí está, pálida, asustada, apretando contra las losas insensibles su corazón y su rostro. Hubiera podido amarme, y habíamos nacido el uno para el otro: ¿qué has venido a hacer en nuestros labios, orgullo, cuando nuestras manos iban a juntarse?

CAMILA. — ¿Quién me ha seguido? ¿Quién habla bajo esta bóveda? ¿Eres tú, Perdicán?

PERDICÁN. — ¡Insensatos de nosotros! Nos amamos. ¿Qué sueño hemos soñado, Camila? ¿Qué palabras vanas, qué miserables locuras han pasado entre nosotros como viento funesto? ¿Cuál de nosotros ha querido engañar al otro? ¡Ay, esta vida es, en sí misma, un sueño tan penoso! ¿por qué mezclar con ella nuestros propios sueños? ¡Oh, Dios mío! ¡La felicidad es perla tan rara en este océano! Tú nos la habíais dado, pescador celeste, tú habías sacado para nosotros de las profundidades del abismo este joyel inestimable, y nosotros, como niños mimados, hemos hecho un

juguete de la perla. ¡El sendero verde que nos llevaba uno hacia otro, tenía una pendiente tan suave, estaba bordeado dė zarzas tan floridas, se perdía en un horizonte tan quieto! ¡Y ha sido preciso que la vanidad, la garrulería y la ira viniesen a lanzar sus pedruscos informes sobre este camino celeste, que nos hubiese conducido hasta Ti en un beso! ¡Ha sido menester que nos hiciésemos daño el uno al otro, porque somos hombres! ¡Oh, insensatos! Nos amamos...

La coge en sus brazos.

CAMILA. — Sí, nos amamos, Perdicán: déjame sentirlo sobre tu corazón. Dios que nos está viendo, no se ofenderá; quiere que te quiera: hace quince años que lo sabe.

PERDICÁN. — ¡Querida mía, eres para mí!

La abraza, y se oye un grito detrás del altar.

CAMILA. — Es la voz de mi hermana de leche.

PERDICÁN. — ¿Cómo está aquí? La había yo

dejado detrás de la escalera cuando me has mandado llamar. Me habrá seguido sin que yo me dé cuenta.

CAMILA. — Entremos en esa galería: ahí es donde han gritado.

PERDICÁN. — No sé qué siento; me parece que tengo las manos cubiertas de sangre.

CAMILA. — La pobre chiquilla, sin duda nos ha espiado; se ha vuelto a desmayar; ven, socorrámosla. ¡Ay, qué cruel es todo esto!

PERDICÁN. — No, no entraré; siento un frío mortal que me paraliza. Anda tú, Camila, procura traerla.

Camila sale.

PERDICÁN. — ¡Dios mío, os lo suplico! ¡No hagáis de mí un asesino! Ya veis lo que pasa; somos dos chiquillos insensatos, y hemos jugado con la vida y la muerte; pero nuestro corazón es puro. ¡No matéis a Roseta, Dios justo! Yo le encontraré marido, repararé mi falta. Es joven, será feliz. ¡No

hagáis eso, Dios mío! Aún podéis bendecir a cuatro hijos vuestros.

Camila vuelve a entrar.

PERDICÁN. — ¿Qué? ¿Qué hay?

CAMILA. — Ha muerto. ¡Adiós, Perdicán!

FIN

LA NOCHE VENECIANA O LAS BODAS DE LAURETTA

COMEDIA EN UN ACTO

Pérfida como la onda.
SHAKESPEARE.

PERSONAJES

El Príncipe de Eisenach.
El Marqués della Ronda.
Razetta.
El secretario íntimo, Grimm.
Lauretta.
Dos Jóvenes venecianos.
La Señora Balbi, dama de Lauretta, personaje mudo.

La acción en Venecia.

CUADRO PRIMERO

Una calle. — Al fondo, un canal. — Es de noche.

RAZETTA, bajando de una góndola; LAURETTA, apareciendo en un balcón.

RAZETTA. — ¿Partís, Lauretta? ¿Es cierto que partís?

LAURETTA. — No he podido evitarlo.

RAZETTA. — ¡Dejáis Venecia!

LAURETTA. — Mañana por la mañana.

RAZETTA. — Luego la funesta noticia que corría por la ciudad, es demasiado cierta: os venden al Príncipe de Eisenach. ¡Qué fiesta! ¿No morirá de júbilo vuestro orgulloso tutor? ¡Cobarde y vil cortesano!

LAURETTA. — ¡Razetta, os lo suplico, no levan-





téis la voz! Mi aya está en la sala contigua; me están esperando; apenas puedo deciros adiós.

RAZETTA. — ¿Adiós para siempre?

LAURETTA. — Para siempre.

RAZETTA. — Soy lo bastante rico para seguiros a Alemania.

LAURETTA. — No debéis hacerlo. Amigo mío, no nos opongamos a la voluntad del cielo.

RAZETTA. — La voluntad del cielo atenderá a la del hombre. Aunque haya perdido al juego la mitad de mi fortuna, os repito que tengo lo bastante para seguiros, y que estoy decidido.

LAURETTA. — Si lo hacéis, nos perderéis a los dos.

RAZETTA. — La generosidad ya no está de moda en este mundo.

LAURETTA. — Ya lo veo: estáis desesperado.

RAZETTA. — Sí: y han obrado prudentemente no invitándome a vuestra boda.

LAURETTA. — Escuchad, Razetta: sabéis que os

he amado mucho. Si mi tutor hubiese consentido, sería vuestra desde hace mucho tiempo. Una joven no depende de sí misma en este bajo mundo. Ved en qué manos está mi destino: vos mismo ¿no podéis perderme con el menor escándalo? Me he sometido a mi suerte. Sé que puede pareceros brillante, feliz... ¡Adiós! ¡adiós! No puedo decir más... ¡Tomad! Es mi cruz de oro, y os ruego que la conservéis.

RAZETTA. — Arrójala al mar: iré a buscarla.

LAURETTA. — ¡Dios mío! ¡Volved en vos!

RAZETTA. — ¿Por quién, desde hace tantos días y tantas noches, he rondado como un asesino en torno de estos muros? ¿Por quién lo he dejado todo? No hablo de mis deberes: los desprecio. No hablo de mi país, de mi familia, de mis amigos: con oro se encuentran en todas partes. Pero la herencia de mi padre, ¿dónde está? He perdido mis charreteras: no me importa en el mundo nada más que vos. No, no, el que ha puesto su vida en-

tera en una jugada, no puede abandonar tan pronto la posibilidad de ganarla.

LAURETTA. — Pero, ¿qué queréis de mí?

RAZETTA. — Quiero que vengáis conmigo a Génova.

LAURETTA. — ¿Cómo podría? ¡Ignoráis que aquella a quien estáis hablando ya no se pertenece! ¡Ay! Razetta, soy princesa de Eisenach.

RAZETTA. — ¡Ah!, astuta veneciana, esa palabra no ha podido pasar por tus labios sin arrancarles una sonrisa.

LAURETTA. — Debo retirarme... Adiós, adiós, amigo.

RAZETTA. — ¿Me dejas?... Ten cuidado; no he sido hasta ahora de aquellos a quienes la ira hace cobardes. Iré a pedirte a tu segundo padre con la espada en la mano.

LAURETTA. — Bien había previsto que esta noche nos sería fatal. ¡Ay! ¿Por qué he consentido en veros una vez más?

RAZETTA. — ¿Acaso eres francesa? ¿El sol del día en que naciste era tan pálido que te heló la sangre en las venas?... ¿O es que no me amas? Unas cuantas bendiciones de un clérigo, unas cuantas palabras de un rey, ¿han cambiado en un instante lo que dos meses de suplicio... o acaso mi rival...?

LAURETTA. — No le he visto.

RAZETTA. — ¿Cómo? ¿Y, sin embargo, eres princesa de Eisenach?

LAURETTA. — No conocéis la costumbre de las cortes. Un enviado del Príncipe, el barón Grimm, su secretario íntimo, ha llegado esta mañana.

RAZETTA. — Comprendo. Han puesto tu fría mano en la mano del vasallo insolente, decorado con los poderes de su dueño; el poder real, sancionado por el oficioso capellán de Su Excelencia, ha unido a los ojos del mundo a dos seres que ni siquiera se conocen. Conozco esas ceremonias. Y tú, tu corazón, tu cabeza, tu vida hechos objeto

de tráfico, todo, se ha vendido, mediante amables intermediarios, al mejor postor. Una corona de reina te ha hecho esclava para siempre; y, entretanto, tu prometido, enterrado en las delicias de una corte, aguarda perezosamente a que su nueva esposa. . .

LAURETTA. — Llega esta noche a Venecia.

RAZETTA.— ¿Esta noche? ¡Ah! Verdaderamente, es una imprudencia advertírmelo.

LAURETTA. — No, Razetta; no puedo creer que quieras mi perdición; sé quién eres y qué reputación te has creado por acciones que hubieran debido alejarme de ti. No soy capaz de comprender cómo he llegado a amarte, a permitirte yo misma que me ames. ¡Cuántas veces he temido tu carácter violento, excitado por una vida de desórdenes, que hubiera debido bastar para advertirme del peligro!. . . Pero tienes buen corazón.

RAZETTA. — Te engañas; no soy un cobarde, y eso es todo. No hago mal por bien; pero ¡por el

cielo! sé devolver mal por mal. Aunque soy muy joven, Lauretta, conozco demasiado lo que hemos convenido en llamar la vida, para no haber hallado en el fondo de ese mar el desprecio de lo que se ve en su superficie. Estate convencida de que nada podrá detenerme.

LAURETTA. — ¿Qué vas a hacer?

RAZETTA. — No es mi habilidad de espadachín la que hoy debe asustarte. Tengo que vencer a un enemigo cuya sangre no está hecha para mi espada.

LAURETTA. — ¿Entonces...?

RAZETTA. — ¿Qué te importa? A mí es a quien me toca ocuparme de mí mismo. Veo antorchas atravesar la galería. Te esperan.

LAURETTA. — No dejaré este balcón sin que me hayas prometido no intentar nada contra ti, ni contra...

RAZETTA. — ¿Ni contra él?

LAURETAT. — Contra esta Lauretta a quien di-

ces que has amado y a quien quieres perder. ¡Ah! Razetta, no me angusties; vuestra ira me estremece. Os suplico que me deis palabra de no intentar nada...

RAZETTA. — Os prometo que no habrá sangre.

LAURETTA. — Que no haréis nada; que esperaréis... que procuraréis olvidarme, que...

RAZETTA. — Propongo un cambio: permitidme que os siga.

LAURETTA. — ¡Seguirme, Dios mío!

RAZETTA. — A ese precio, consiento en todo.

LAURETTA. — Vienen... Es preciso que me retire... En nombre del cielo... ¿me juráis?

RAZETTA. — ¿Me dais vuestra palabra? Entonces, tenéis la mía.

LAURETTA. — Razetta, me fío de vuestro corazón; el amor de una mujer ha podido aposentarse en él; el respeto a una mujer, encontrará también en él su puesto. ¡Adiós! ¡Adiós! ¿No queréis esta cruz?

RAZETTA. — ¡Sí! . . . ¡Vida mía!

Recoge la cruz; ella se retira.

RAZETTA. — *Solo.* Luego la he perdido... Razetta, hubo un tiempo en que esta góndola, alumbrada por un farol de mil colores, llevaba sobre este mar indolente al más despreocupado de sus hijos. Los placeres de la gente joven, la pasión furiosa del juego te absorbían; eras alegre, libre, feliz; por lo menos, lo decían; la inconstancia, hermana de la locura, era dueña de tus acciones; dejar a una mujer te costaba unas cuantas lágrimas; que ella te dejase te costaba una sonrisa. ¿Dónde has venido a parar? Mar profundo, afortunadamente, te es fácil apagar una chispa. Pobre crucecilla, que sin duda fuiste colocada, en una fiesta o en un cumpleaños, sobre el seno tranquilo de una niña, que un padre viejo acompañó con su bendición; que a la cabecera de una cama has velado en el silencio de las noches sobre la inocencia, tú, sobre quien, aca-





so, una boca adorada se posó más de una vez durante la oración nocturna... no estarás mucho tiempo entre mis manos. La porción buena de tu destino, ya se ha cumplido: te arrastro conmigo, y los pescadores de esta ribera te encontrarán oxidada sobre mi corazón. ¡Lauretta! ¡Lauretta! ¡Ay! Me siento más cobarde que una mujer. La desesperación me mata; tengo que llorar sin remedio.

Se oye en el canal el sonido de una sinfonía. Pasa una góndola cargada de mujeres y de músicos.

UNA VOZ DE MUJER.—¡Apostemos a que es Razetta!

OTRA. — Sí, bajo las ventanas de la hermosa Lauretta.

UN JOVEN. — ¡Siempre en el mismo sitio! ¡Eh! ¡Hola! ¡Razetta! ¿Se negará a acompañar a una partida de locos el primer cabeza perdida de la ciudad? ¡Te conjuro a que tomes puesto en nues-

tra mascarada, y a que vengas a alegrar nuestra fiesta!

RAZETTA. — Dejadme solo; no puedo ir con vosotros esta noche: os ruego que me disculpéis.

UNA DE LAS MUJERES. — Razetta, tú vendrás; estaremos de vuelta dentro de una hora. ¡Que no se diga que nuestro ruego no te vence, y que Lauretta te hace olvidar a tus amigos!

RAZETTA. — Hoy es la boda, ¿no lo sabéis? Estoy invitado, y no puedo faltar. ¡Adiós, divertíos! Prestadme un antifaz.

LA VOZ DE MUJER. — Adiós, arrepentido.

Le arroja un antifaz.

EL JOVEN. — Adiós, lobo convertido en pastor. Si sigues aquí, al volver te recogeremos.

Música. La góndola se aleja.

RAZETTA. — He cambiado de idea súbitamente. Este antifaz me va a ser útil. ¿Cómo es el hombre lo bastante insensato para abandonar esta

vida antes de haber agotado todas sus probabilidades de buena dicha? ¿El que pierde la fortuna al juego, se separa del tapete verde mientras le queda una moneda de oro? Una sola moneda puede devolverle todo lo perdido. Lo mismo sucede con mis esperanzas. Sí, estoy resuelto a llegar hasta el fin. Además, la muerte siempre está pronta. ¿No está en todas partes, bajo los pies del hombre que la encuentra a cada paso que da por la vida? El agua, el fuego, la tierra se la ofrecen sin cesar: la ve en todas partes en cuanto la busca, la lleva a su lado. ¡Intentemos, pues! ¿Qué tengo en el corazón? Un odio y un amor... Un odio es un asesinato... Un amor es un rapto... Esto es lo que cualquier hombre debe ver en mi situación... Pero yo necesito encontrar algo nuevo, porque tengo que habérmelas con una corona. Y, además, todo medio ya usado me repugna. Puesto que estoy decidido a arriesgar la cabeza, quiero ponerla el mayor precio posible.

¿Qué dirá Venecia mañana de mí? ¿Dirán: «Razetta se ha ahogado por desesperación de que Lauretta le haya abandonado?» o: «¿Razetta ha asesinado al Príncipe de Eisenach, y ha robado a su amante?» Todo eso es vulgar. «¿Lauretta le ha dejado, y él la ha olvidado al cuarto de hora?» Eso valdría más; pero ¿cómo? ¿Tendré valor para tanto?... Si dijesen: «Razetta, valido de un disfraz, ha entrado en casa de su infiel amiga», y luego: «Por medio de un billete que ha hecho llegar a sus manos, y en el cual le advertía que a tal hora...» Aquí, me haría falta opio... ¡No! Nada de venenos inciertos o tímidos que dan al azar el sueño o la muerte. El hierro es más seguro. Pero... ¿una mano tan débil?... ¿Qué importa? El valor es todo. La fábula que correrá mañana temprano por la ciudad será extraña y nueva.

Unas cuantas luces atraviesan de nuevo la casa.

¡Alégrate, familia aborrecida, que llego yo! Y el que nada teme, puede ser temible.

Se pone el antifaz y entra.

UNA VOZ. — *Dentro*. ¿Dónde vais?

RAZETTA. — *Dentro*. Estoy invitado a cenar en casa del Marqués.

CUADRO SEGUNDO

Sala que da a un jardín. — Varias máscaras se pasean.

El MARQUÉS, el SECRETARIO.

El Marqués. — ¡Cuánto me honro, señor Secretario íntimo, al ver que os agrada esta fiesta, que es la más modesta del mundo!

El Secretario. — Todo es inmejorable, y vuestro jardín es encantador. Sólo en Italia se encuentran jardines tan deliciosos.

El Marqués. — Sí, es un jardín inglés. ¿No desearíais descansar o tomar algún refresco?

El Secretario. — De ningún modo.

El Marqués. — ¿Qué os parecen los músicos?

El Secretario. — Perfectos: hay que confesar,

señor Marqués, que en este punto vuestro país merece harto la reputación que tiene.

El Marqués. — Sí, sí, son alemanes. Llegaron ayer de Leipsick, y nadie los ha disfrutado aún en esta ciudad. ¡Cómo me encantaría que el «ballet» os hubiese divertido!

El Secretario. — ¡Maravillosamente! En Venecia se baila muy bien.

El Marqués. — Son franceses. Cada bayadera me cuesta doscientos florines. ¿Os agradaría llegar a esta terraza?

El Secretario. — Me encantará verla.

El Marqués. — No puedo expresaros mi agradecimiento. ¿A qué hora pensáis que llegará el Príncipe, nuestro señor y dueño? Porque la nueva dignidad que me ha...

El Secretario. — Entre diez y once.

Se alejan hablando. Entra Lauretta; la señora Balbi se levanta y va a su encuentro. Ambas permanecen apoyadas

en una balaustrada, en el fondo de la escena, y parecen estar en conversación. En este momento, Razetta, cubierto con un antifaz, adelanta hasta el proscenio.

RAZETTA. — Me parece que veo a Lauretta. Sí, ella es la que acaba de entrar. Pero, ¿cómo conseguir hablarla sin que nadie repare en mí?... Desde que he puesto el pie en estos jardines, todos mis proyectos se han desvanecido para dar lugar a la ira. Un solo designio me queda; pero es preciso ejecutarle o morir.

Se acerca a una mesa, y escribe algunas palabras con lápiz.

EL SECRETARIO. — *Entrando, al Marqués.* ¡Ah! ¿Uno de los galanes de vuestro baile que escribe un billete amoroso? ¿Es costumbre en Venecia?

EL MARQUÉS. — Es una costumbre a la cual las jóvenes permanecen ajenas, como debéis comprender, caballero. ¿Os agradaría jugar a los naipes?



El Secretario. — Con mucho gusto: es un medio de pasar el tiempo muy agradablemente.

El Marqués. — Sentémonos, pues, si os place. Señor Secretario íntimo, tengo el alto honor de saludaros. El Príncipe, según me habéis dicho, debe llegar entre diez y once. Por lo tanto, dentro de una hora o de una hora y cuarto, porque son precisamente las nueve y tres cuartos. Os toca jugar.

El Secretario. — ¿Jugamos cincuenta florines?

El Marqués. — Con mil amores. Es un relato interesantísimo para nosotros, caballero, el que habéis tenido la bondad de dejarme adivinar y atisbar, de la manera con que Su Excelencia se enamoró de la Princesa, mi querida sobrina. Tengo el honor de pediros espadas.

El Secretario. — Fué, como os decía, viendo su retrato; parece casi un cuento de hadas.

El Marqués. — ¡Sin duda! ¡Ja, ja!... ¡delicioso! ¡Por un retrato!... No hay remedio, he perdido... ¿Decíais?

El Secretario. — El tal retrato, que era, es verdad, de un parecido asombroso, y, por lo tanto, de una belleza perfecta...

El Marqués. — Sois mil veces demasiado amable.

El Secretario. — ¿Queréis revancha?

El Marqués. — Con mil amores. «De una belleza perfecta...

El Secretario. — Estuvo mucho tiempo sobre la mesa en la cual tiene costumbre de escribir. El Príncipe, a decir verdad... tengo copas... es muy original.

El Marqués. — ¿De veras?... ¡Es admirable! Estoy fuera de mí pensando que dentro de una hora... Copas otra vez.

El Secretario. — Aborrecía a las mujeres; al menos lo decía. ¡Tiene el carácter más fantásti-

co! No le gusta el juego, ni la caza, ni las artes. Habéis perdido otra vez.

El Marqués. — ¡Ja, ja! ¡Es divertidísimo!... ¿Cómo? ¿No le gusta nada de todo eso? ¡Ja, ja!... Tenéis razón... he perdido... Es delicioso.

El Secretario. — Ha viajado mucho, por Europa sobre todo. Nunca nos ha instruído de sus intenciones hasta la mañana misma del día en que se lanzaba a uno de sus viajes, a menudo bastante largos. «Que enganchen los caballos, decía al levantarse, iremos a París.»

El Marqués. — He oído contar otro tanto del Emperador Bonaparte. ¡Singular parecido!

El Secretario. — Su matrimonio fué tan extraordinario como sus viajes: me dió orden de que se celebrase, como si se tratara de la acción más indiferente de su vida; porque es la pereza personificada. «¿Cómo, señor, le dije, sin haberla visto? — Razón de más», me dijo él a mí: esa

fué toda su respuesta. Dejé al partir a toda la corte trastornada y con un rumor espantable.

El Marqués. — Se concibe... ¡Eh! ¡Eh!... Por otra parte, Su Alteza no hubiese podido elegir procurador más perfectamente apropiado que vos, señor Secretario íntimo. Espero que os dignaréis creerme persuadido de ello... He perdido otra vez.

El Secretario. — Mala suerte tenéis en el juego.

El Marqués. — Sí. ¿No es verdad? Es muy notable. Uno de mis amigos, hombre de ingenio amable, me decía en broma anteayer, a la mesa de juego de uno de los principales senadores de esta ciudad, que no tendría más que un medio de ganar: apostando contra mí mismo.

El Secretario. — ¡Ja, ja! ¡Es verdad!

El Marqués. — Eso sería, le respondí, lo que pudiera llamarse suerte desdichada. ¡Je, je! *Se ríe.*

EL SECRETARIO. — ¡Absolutamente!

EL MARQUÉS. — Son dos palabras que, a mi parecer, no se encuentran a menudo unidas... ¡Je, je!... Pero permitidme, por favor, una sola pregunta. ¿Su Excelencia es aficionado a la música?

EL SECRETARIO. — Mucho. Es su única distracción.

EL MARQUÉS. — ¡Cuánto me alegro de haber hecho aprender a mi sobrina el arpa-lira y el piano-forte, desde la edad de once años! ¿Os agradaría tal vez oirla cantar?

EL SECRETARIO. — Ciertamente.

EL MARQUÉS. — *A un lacayo*. Decid a la Princesa que necesito hablarla. *A Lauretta que entra*. Laura, os ruego que nos hagáis oir vuestra voz. El señor Secretario íntimo se digna invitaros a que nos otorguéis ese placer.

LAURETTA. — Con mil amores, querido tío: ¿qué canción preferís?

El Marqués. — ¡Di piacer, di piacer, di piacer! Mi sobrina no se ha hecho rogar nunca.

Lauretta. — Ayudadme a abrir el piano.

Razetta, siempre cubierto con el antifaz, se adelanta, y abre el piano.

Razetta. — *En voz baja.* Leed esto cuando estéis sola.

Le entrega un billete, que Lauretta recoge.

El Secretario. — La Princesa se ha puesto pálida.

El Marqués. — ¿Qué os sucede, amada hija mía?

Lauretta. — Nada, nada, ya pasó.

El Marqués. —*En voz baja al Secretario.* Comprenderéis que una joven. . .

Lauretta toca los primeros acordes.

Un Lacayo. — *Entra, y dice en voz baja al Marqués.* Su Excelencia acaba de entrar en el jardín.

EL MARQUÉS. — ¡Su Excel...! Vamos a su encuentro. *Se levanta.*

EL SECRETARIO. — Al contrario... Permitidme que os diga dos palabras.

Durante este tiempo Lauretta toca pianissimo el ritornello.

EL SECRETARIO. —Ya veis que el Príncipe no avisa su llegada más que a vos. Que los demás convidados se alejen. Conozco las costumbres, y sé que en todas las cortes hay una presentación; pero nada de lo que se acostumbra es del gusto de nuestro soberano. Dignaos acompañarme solo a recibir al Príncipe. La novia se quedará aquí, si os place.

EL MARQUÉS. — ¿Aquí? ¿Sola?

EL SECRETARIO. — Tales son las órdenes del Príncipe.

EL MARQUÉS. — Caballero, voy a dar las mías de acuerdo con ellas. Conformarme en todo a las menores voluntades de Su Excelencia es para mí

el primero, el más sagrado de los deberes. Sin embargo, ¿no debo avisar a mi sobrina de que ha llegado su esposo?

El Secretario. — Ciertamente.

El Marqués. — ¡Lauretta!

Le habla al oído. Un momento después las máscaras se dispersan por los jardines y dejan la escena libre. El Marqués y el Secretario salen juntos.

Lauretta. — *En cuanto se queda sola, saca el billete de Razetta, que había escondido en el pecho.* «Los juramentos que he podido hacerte no pueden retenerme lejos de ti. Mi puñal está escondido bajo la pata del piano. Cógele y hiere a mi rival, si antes de las once no has conseguido escaparte y venir a reunirte conmigo al pie de tu balcón, donde te espero. Créeme: si te niegas a hacer lo que te digo, oiré dar la hora, y mi muerte es segura. Razetta.» *Mira en derredor.* ¡Aquí sola...! *Coge el puñal.* ¡Todo está perdido: porque, le conozco, es capaz de todo! ¡Oh, Dios

mío! Me parece que oigo subir a alguien a la terraza. ¿Será ya el Príncipe? . . . No, todo está en silencio. «A las once; si no has conseguido escaparte. . . Cree que si te niegas. . . mi muerte es segura. . . » ¡Oh, Razetta, Razetta, insensato! . . . ¡Qué caro me cuesta haberte amado! . . . ¿Huiré? . . . ¿Huirá la Princesa de Eisenach? . . . ¿Con quién?. . . ¿Con un jugador ya casi arruinado? . . . ¿Con un hombre, él solo más temible que todas las desdichas? . . . ¿Si avisase al Príncipe? . . . ¡Oh! ¡Cielos. . . vienen!. . . Pero, ¿y Razetta?. . . Se matará sin duda bajo mis ventanas. . . El Príncipe no puede tardar: veo unos pajes con antorchas que atraviesan por entre los naranjos. La noche está obscura; el viento agita las luces; escuchemos. . . ¡Qué extraño pavor me sobrecoge! . . . ¿Qué hombre va a presentarse ante mí? . . . Desconocidos el uno para el otro. . . ¿qué me dirá?. . . ¿Me atreveré a levantar los ojos ante él? . . . ¡Ay! Siento que me late el corazón. . . La hora va

tan de prisa... ¡Llegarán tan pronto las once!...

UNA VOZ. — *Dentro.* ¿Quiere Su Excelencia subir esta escalera?

LAURETTA. — ¡Es él!... Viene... *Escucha.* No tengo fuerza para levantarme; ocultemos este puñal. *Le esconde en el pecho.* Eisenach, ¿vas caminando hacia la muerte? ¡Ah!, la mía también es cierta. *Se asoma a la ventana.* ¡Razetta pasea lentamente por la orilla! No puedo escapar de él... ¡Qué remedio!... Necesito un poco de fuerza para ocultar lo que siento... es preciso... ha llegado el instante... *Mirándose al espejo.* ¡Dios mío, qué pálida estoy! Los cabellos en desorden...

El Príncipe entra por el fondo: trae un retrato en la mano: adelanta despacio, contemplando alternativamente el retrato y el original.

EL PRÍNCIPE. — Perfecto.

Lauretta se vuelve y se sobrecoge.

El Príncipe. — Y sin embargo, ¡qué por bajo de la naturaleza queda siempre el arte, sobre todo cuando intenta embellecerla! La blancura de esta piel podría llamarse palidez; que las rosas ahogan a las azucenas... Estos ojos son más vivos, estos cabellos más negros... El cuadro más perfecto no es sino una sombra: todo está en la superficie; la inmovilidad hiela; el alma falta por completo; es una belleza que no pasa de la epidermis. Además, este mismo rasgo a la izquierda...

Lauretta da unos cuantos pasos. El Príncipe no deja de mirarla.

El Príncipe. — No importa, estoy contento de Grimm; veo que no me ha engañado. *Se sienta.* Este palacio es pequeño, pero lindo: me habían dicho que esta pobre muchacha no tenía nada. ¡Pero mi nuevo tío es un elegante! *A Lauretta.* ¿Vuestro tío es Marqués, según creo?

Lauretta. — Sí... monseñor...

El Príncipe. — Me entran tentaciones de abandonar a mi vieja y mojigata Alemania, y venir a establecerme aquí. ¡Ah! Diablo... reflexiono una cosa... aquí no hay más remedio que andar a pie... ¿Es que todas las mujeres de esta ciudad son tan bonitas como vos?

Lauretta. — Monseñor...

El Príncipe. — ¿Os ruborizáis...? ¿De quién tenéis miedo? Estamos solos.

Lauretta. — Sí, pero...

El Príncipe. — *Levantándose.* ¿Es que tal vez mi entonadísimo secretario no ha acertado a representarme como es debido? ¿Se han cruzado los cumplidos de reglamento? ¿Ha descuidado algo? Si es así, disculpadme: me figuré que ya estaban representados los cuatro actos primeros de la comedia, que yo llegaba únicamente al quinto.

Lauretta. — Mi tutor...

El Príncipe. — ¡Tembláis! *Le coge la mano.*

Reposad en este sofá. Os suplico que respondáis a mi pregunta.

LAURETTA. — Vuestra Excelencia me perdone: no intentaré ocultarle que sufro... un poco... Vuestra Excelencia tendrá la bondad de no extrañarse...

EL PRÍNCIPE. — Este es un vinagre excelente. *Le da su braserillo.* Sois muy joven, señora, y yo también. Sin embargo, como las novelas no me están prohibidas, ni tampoco las comedias, ni las tragedias, ni las historias, ni las memorias, puedo enseñaros lo que he aprendido en ellas. En toda pieza de conjunto hay una introducción, un tema, dos o tres variaciones, un andante y un presto. En la introducción, los músicos aún se responden mal, procuran unirse, consultarse, intentan, miden; el tema les pone de acuerdo; todos se callan o murmuran débilmente, mientras una voz armoniosa les domina. No creo necesario hacer la aplicación de esta parábola. Las varia-

ciones son más o menos largas, según lo que va experimentando el pensamiento: molicie o cansancio. Aquí, sin disputa, empieza la obra maestra; el andante, con los ojos bañados en lágrimas, adelanta despacio, las manos se unen; es lo romántico, los grandes juramentos, las menudas promesas, los enternecimientos, la melancolía... Poco a poco todo se arregla; el amante ya no duda del corazón de su dueña; renace la alegría, y la felicidad también; por consiguiente, la bendición apostólica y romana debe encontrar aquí su lugar, porque, sin ella, cuando llega el presto... ¿Sonreís?

LAURETTA. — Sonrío por un pensamiento...

EL PRÍNCIPE. — Lo adivino. Mi procurador se ha saltado el adagio.

LAURETTA. — Ha desafinado, me parece.

EL PRÍNCIPE. — Tendré yo que remediar sus torpezas. Sin embargo, no era ese mi plan. Lo que me decís me hace reflexionar.

LAURETTA. — ¿Sobre qué?

El Príncipe. — Sobre una teoría del profesor Mayer, de Francfort-sobre-el-Oder.

Lauretta. — ¡Ah!

El Príncipe. — Si habéis nacido en Venecia, se equivoca.

Lauretta. — He nacido en esta misma casa.

El Príncipe. — ¡Diablo! Sin embargo, aseguraba que lo que vuestras compatriotas estiman menos... es precisamente... lo que falta...

Lauretta. — ¿Lo que le falta al Secretario íntimo?

El Príncipe. — Y además, no se puede juzgar de un carácter por un retrato. Veo que seríais muy capaz de sostener la controversia. *Le besa la mano.* Estáis temblando aún.

Lauretta. — No sé... yo... no...

El Príncipe. — Afortunadamente estoy entre la ventana y el reloj.

Lauretta. — *Asustada.* ¿Qué dice Vuestra Excelencia?

El Príncipe. — Que esos dos puntos se reparten vuestra atención de modo harto extraño. Creo que tenéis miedo de mí.

Lauretta. — ¿Por qué?... de ninguna manera... yo... no puedo negaros...

El Príncipe. — Esta mano dice lo contrario... ¿Os agradan las joyas? *Le pone un brazalete.*

Lauretta. — ¡Qué magníficos diamantes!

El Príncipe. — Ya no están de moda. Pero ¿qué veo? Se ha olvidado el anillo.

Lauretta. — El Secretario...

El Príncipe. — Aquí hay uno: siempre llevo en el bolsillo juguetes de muñeca. Decididamente, queréis saber la hora.

Lauretta. — No... busco...

El Príncipe. — Había oído decir que un francés a menudo se turba ante una italiana. ¡Os levantáis!

Lauretta. — Estoy indispuesta.

El Príncipe.— ¿Queréis asomaros a la ventana?



LAURETTA. — *En la ventana.* ¡Ah!

EL PRÍNCIPE. — ¡Por favor! ¿Qué tenéis? ¿Seré realmente tan desdichado que os asuste? *La vuelve a traer al sofá.* En ese caso sería el más desgraciado de los hombres; porque os amo, y no podría vivir sin vos.

LAURETTA. — ¿Una burla más? Príncipe, ésta es bien poco caritativa.

EL PRÍNCIPE. — ¿Orgullo?... Dignaos escucharme. Me he figurado que una mujer debía tener en más su alma que su cuerpo, contra la costumbre general, que autoriza el que ella permita que la amen antes de confesar que ama ella, y que, de este modo, entrega el tesoro de su corazón antes de consentir la presa más ligera sobre el de su beldad. He querido, sí, he querido absolutamente, intentar trastornar esta marcha uniforme: la novedad es mi manía. Mi fantasía y mi pereza, los dos únicos dioses en cuyos altares he quemado incienso, me han dejado recorrer el

mundo en balde, perseguido por ese designio extravagante: nada encontré. Tal vez me explico mal. He tenido la idea singular de ser esposo de una mujer antes de ser su amante. He querido ver si, en realidad, existía un alma lo bastante orgullosa para permanecer cerrada cuando los brazos están abiertos, y entregar la boca a besos mudos; comprenderéis que no temía sino encontrar tal fuerza en la frialdad. En todos los países amados del sol, he buscado los rasgos más capaces de revelar que un alma ardiente se encerraba en ellos; he buscado la hermosura en todo su esplendor, ese amor que nace de una mirada; he deseado un rostro lo bastante hermoso para hacerme olvidar que era menos bello que el ser invisible que le anima; insensible a todo, he resistido a todo... excepto a una mujer... a vos, Lauretta, que me enseñáis que me he engañado un poco en mis ideas orgullosas; a vos, ante quien no hubiese querido levantar la máscara que cubre en la tie-

rra a los hombres, hasta haber llegado a ser vuestro esposo... Me habéis arrancado la careta, y os suplico que me perdonéis, si he podido ofenderos.

LAURETTA. — Príncipe, vuestras razones me confunden... ¿Debo creer...?

EL PRÍNCIPE. — Es preciso que la Princesa de Eisenach me perdone; es preciso que permita a su esposo convertirse en el amante más sumiso; es preciso que olvide todas sus locuras...

LAURETTA. — ¿Y toda su astucia?

EL PRÍNCIPE. — Ante la vuestra, palidece. La belleza y el ingenio...

LAURETTA. — No son nada. Ved cuán poco nos parecemos.

EL PRÍNCIPE. — Si los tenéis en tan poco, volveré a mi sueño.

LAURETTA. — ¿Cómo?

EL PRÍNCIPE. — Empezando por la primera.

LAURETTA. — ¿Y olvidando el segundo?

El Príncipe. — ¡Tened cuidado con el hombre que pide un perdón: puede caer tan fácilmente en la tentación de merecer dos!

Lauretta. — Esa es una teoría.

El Príncipe. — No. *La besa.* Todavía estáis agitada. Apostemos a que, a pesar de lo muy joven que sois, ya habéis hecho un cálculo.

Lauretta. — ¿Cuál? ¡Se pueden hacer tantos! ¡Y en un día como éste, se suelen hacer tantos!

El Príncipe. — No hablo más que del cálculo de las cualidades de esposo. ¿Tal vez no halláis en mí nada que os las anuncie? Decidme: ¿habéis reflexionado alguna vez seriamente sobre tan grave asunto? ¿De qué pasta bondadosa, de qué fáciles elementos habíais amasado con la imaginación a ese ser, cuya aparición trueca en insomnes tantas dulces noches? ¿Salís de un convento?

Lauretta. — No.

El Príncipe. — Es preciso que penséis, querida princesa, que si vuestra aya os molestaba, si

vuestro tutor os contrariaba, si os vigilaban, si os reñían a veces, vais a entrar mañana ¿no es mañana? en una atmósfera de despotismo y de tiranía, vais a respirar el aire delicioso de la más aristocrática bombonera; hablo de mi corte minúscula, o mejor dicho, de la vuestra, porque soy el primero de vuestros súbditos. Una grave dueña os seguirá, es la costumbre; pero la pagaré para que no cuente nada a vuestro marido. ¿Os gustan los caballos, la caza, las fiestas, los teatros, los bombones, los amantes, los madrigales, los diamantes, las cenas, el galop, las máscaras, los perritos, las locuras? Todo lloverá en torno vuestro. Enterrado en el fondo del pabellón más remoto de vuestro palacio, el Príncipe no sabrá y no verá sino lo que queráis. ¿Deseáis su compañía para una diversión? Una orden de parte de la Reina advertirá al Rey de que debe ponerse su traje de caza, de baile o de entierro. ¿Queréis estar sola? Aunque todas las serenatas de la tierra resonasen

bajo vuestras ventanas, el Príncipe, en el fondo de su torreón gótico, no oirá nada en el mundo. Una sola ley reinará en vuestra corte: la voluntad de la soberana. ¿Os asemejaríais, por azar, a una de esas mujeres para quienes la ambición, los honores, el poder, tuvieron tantos encantos? Me asombraría, y a mi viejo doctor también; pero no importa. Los juguetes que entonces pondría en vuestras manos, para divertir vuestros ocios, serían de otra naturaleza: se compondrían, en primer lugar, de unas cuantas marionetas de esas que se llaman ministros, consejeros, secretarios; semejante a un castillo de naipes, todo el edificio político de su sabiduría estaría pendiente de un soplo de vuestra boca; en derredor vuestro se agitaría en todos sentidos la multitud de cañas que el viento de las cortes dobla al paso y vuelve a levantar; seréis un déspota, si no queréis ser una reina. Sobre todo, no forjéis un sueño sin realizarle; que ni uno solo de vuestros caprichos,

de vuestros deseos, se escape a los que os rodean, cuya existencia entera estará consagrada a obedeceros. Elegiréis entre vuestros caprichos: ese será vuestro único trabajo, señora. Y si el país que os voy describiendo...

LAURETTA. — Es el paraíso de las mujeres.

EL PRÍNCIPE. — Seréis su diosa.

LAURETTA. — Pero, ¿el sueño será eterno? ¿No romperéis nunca el cántaro de la lechera?

EL PRÍNCIPE. — Nunca.

LAURETTA. — ¡Ah! ¿Quién me lo asegura?

EL PRÍNCIPE. — Mi indecible, mi deliciosa pereza. Hace casi veinticinco años que estoy intentando vivir, Lauretta. Estoy cansado de intentarlo; mi existencia me fatiga: ato a la vuestra el hilo que ya iba a romperse; viviréis por mí, yo abdico. ¿Os encargáis de esta tarea? Os entrego el cuidado de mis días, de mis pensamientos, de mis acciones, y en cuanto a mi corazón...

LAURETTA. — ¿Está comprendido en el depósito?

EL PRÍNCIPE. — No lo estará hasta el día en que le hayáis juzgado digno de estarlo. Hasta entonces, tengo vuestro retrato... Le amo, se lo debo todo; le he prometido todo para cumplíroslo todo... En otro tiempo, me hubiese bastado con él; pero he querido verle sonreir... nada más.

LAURETTA. — Eso también es una teoría.

EL PRÍNCIPE. — Un sueño, como todo en el mundo. *La besa*. ¿Qué tenéis ahí? Es una joya veneciana: si estamos en paz, es inútil; si estamos en guerra, desarmo al enemigo. *Le quita el puñal.* En cuanto a ese papelito perfumado que se oculta bajo esa gasa, el marido le respetará. Pero la princesa de Eisenach se ruboriza.

LAURETTA. — ¡Príncipe!

EL PRÍNCIPE. — ¿Os asombra verme sonreir? Recuerdo una frase de Shakespeare sobre las mujeres de esta ciudad.





Lauretta. — ¿Una frase?

El Príncipe. — Pérfida como la onda... ¿Está prohibido el complacerse en tener rivales?

Lauretta. — ¿Pensáis...?

El Príncipe. — A no ser que sean rivales dichosos, y éste no lo es.

Lauretta. — ¿Por qué?

El Príncipe. — Porque escribe.

Lauretta. — Ahora me toca a mí sonreir, aunque haya en eso un poco de desprecio.

El Príncipe. — ¿Despreciar a las mujeres? Sólo los necios lo creen posible.

Lauretta. — ¿Qué os agrada en ellas?

El Príncipe. — Todo, y sobre todo, sus defectos.

Lauretta. — ¿Entonces, las palabras de Shakespeare...?

El Príncipe. — Las querría como respuesta a ese papel.

Lauretta. — ¿Y qué diría la gente?

El Príncipe. — Ese es un pensamiento francés: no le esperaba de vos.

Lauretta. — ¿Insultáis a Francia? Hablabais de belleza y de ingenio. El primero de los bienes...

El Príncipe. — Es el corazón. El ingenio y la belleza no son sino los velos que le cubren.

Lauretta. — ¡Ay! ¿Quién sabe lo que ve aquel que los levanta? ¡Es una audacia!

El Príncipe. — Después de la boda ya no existe audacia ninguna... ¡Tembláis aún!

Lauretta. — He creído oir ruido.

El Príncipe. — La verdad es que estamos casi en un jardín... Si no tuvieseis tanta afición a ese sofá...

Lauretta. — Ninguna. *Se levantan. El Príncipe quiere llevársela.* ¿Tenéis miedo al amante o al esposo?

Lauretta. — A la noche.

El Príncipe. — También es pérfida, pero es

discreta. ¿Qué os atreveríais a confiarla? ¿La respuesta al billete?

LAURETTA. — ¿Y qué diría?

EL PRÍNCIPE. — No dejaría ver nada al esposo. *Ella le da el billete: él le hace pedazos.* No la temáis, Lauretta. El secreto de una desposada se ha hecho para la noche; sólo ella encierra los dos grandes secretos de la dicha: el placer y el olvido.

LAURETTA. — Pero ¿y la pena?

EL PRÍNCIPE. — La pena es la reflexión, ¡y es tan fácil perderla!

LAURETTA. — ¿Eso también es un secreto?

Se alejan. Dan las once.

CUADRO TERCERO

La misma decoración que en el cuadro primero. Se oye dar la hora en la lejanía.

RAZETTA. — No puedo sustraerme a cierto temor. ¡Será posible que Lauretta no me haya cumplido su palabra! ¡Ay de ella, si fuese verdad! ¡No es que vaya a levantar la mano sobre ella... pero mi rival!... Me parece que en dos relojes han dado ya las once... ¿Es ya tiempo de obrar? Es preciso que yo entre en esos jardines... Veo la verja cerrada... ¡Rayos y truenos! ¿Va a serme imposible penetrar? ¡A riesgo de mi vida, estoy determinado a no abandonar mi designio! Ha pasado la hora... Nada hay que me detenga... pero ¿por dónde entrar?... ¿Llamaré? ¿Intentaré sal-

tar este elevado muro?... ¿Me ha hecho traición? ¿Me ha traicionado realmente? Lauretta... Si viese a un lacayo, tal vez con oro... No veo luz ninguna... El reposo parece reinar en esta casa... ¡Desesperación! ¿Ni siquiera podré jugarme la vida? ¿No podré intentar ni el más desesperado de los caminos?

Se oye una sinfonía; una góndola cargada de músicos pasa.

UNA VOZ DE MUJER. — Ahí está todavía Razetta.

OTRA. — ¡Lo había apostado!

UN JOVEN. — ¿Qué? ¿Estaba divertida la boda? ¿Has bailado con la novia? ¿Cuándo te relevan? ¿Estás de guardia? ¿Estás poniendo en música el santo y seña?

RAZETTA. — Id a vuestros placeres, y dejadme.

UNA VOZ DE MUJER. — No; esta vez he apostado que te llevaré con nosotros; anda, mala cabeza, ven y no turbes el placer ajeno. A cada uno le

llega su hora; ayer eras tú, hoy has pasado de moda; el que no sabe conformarse con su suerte es tan loco como el viejo que hace de joven.

OTRA. — Venid, Razetta, somos vuestros amigos verdaderos, y no renunciamos a haceros olvidar a la bella Lauretta. Para conseguirlo, no tendremos sino recordar lo que vos mismo decíais hace algunos días, lo que nos habéis enseñado... No perdáis el nombre glorioso que lleváis, de primer perdido de la ciudad.

EL JOVEN. — ¡De Italia! Ven, vamos a cenar a casa de Camila; allí encontrarás toda tu juventud, tus antiguos amigos, tus antiguos defectos, tu alegría... ¿Quieres matar a tu rival o ahogarte? Deja esas ideas comunes a todos los amantes vulgares; acuérdate de ti mismo, y no des mal ejemplo. Mañana por la mañana todas las mujeres estarían inabordables si se supiera que esta noche Razetta se había tirado al agua. Por última vez, ven a cenar con nosotros.

RAZETTA. — ¡Sea! ¡Ojalá todas las locuras de amantes acaben tan alegremente como la mía!

Sube en la barca, que desaparece al sonido de los instrumentos.

FIN


3 0112 115870310